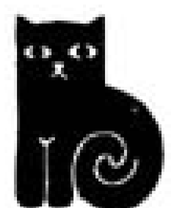
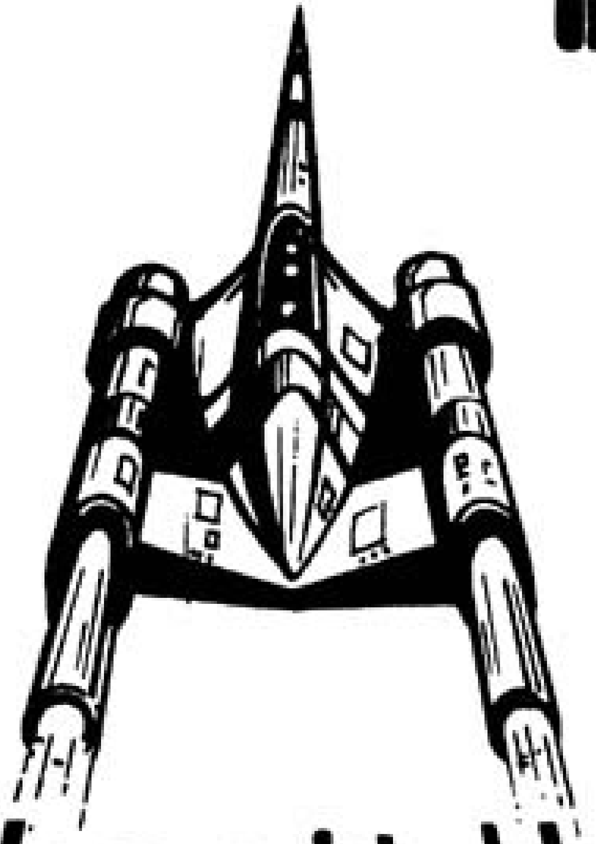


UNA MUJER LLAMADA "ETERNA"

Curtis Garland

CIENCIA FICCION



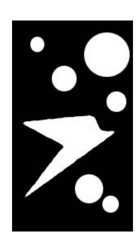


La conquista del ESPACIO

CURTIS GARLAND

UNA MUJER LLAMADA ETERNA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 631
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1982

1

Fue un error entrar en aquella cantina.

Pero Karr Vulkan cometió ese error, y no lo supo hasta que era demasiado tarde para remediarlo de alguna forma. Después de todo, venía de un largo viaje, tenia sed, y la cantina espacial era, como tantas otras, centro de reunión de diversos viajeros del Cosmos, entrecruzándose en ciudades flotantes como aquella, donde las astronaves comerciales y las de cargamento hacían un alto forzoso para que sus viajeros repusieran fuerzas y pudieran estirar sus piernas fuera del recinto de su nave en viaje por muy amplia que fuese, forzosamente reducida en ámbito para tanto pasajero.

La cantina estaba situada junto al astropuerto, y sus luces parpadeaban, resplandecientes en la noche espacial, como un señuelo amable para el viajero sediento o ávido de placeres. Y, como todas las cantinas de su género, poseían no sólo abundantes bebidas alcohólicas o afrodisíacas, sino también un generoso plantel de mujeres públicas procedentes de los más diversos mundos de la Federación Galáctica. Así, tanto los humanos como los mutantes o los androides de otros planetas y civilizaciones, encontraban allí su pareja ideal, desde la muchacha hermosa y turgente de formas deseada por un hombre, hasta la muñeca perfecta, dotada de vida propia mediante complicados circuitos electrónicos, al servicio de los deseos de los androides viajeros.

Incluso los hombres dotados de tentaculares extremidades o los velludos *zoónidos* de un lejano planeta habitado por seres mitad simiescos mitad plantígrados, teníais allí su pareja femenina, dispuesta a endulzarles la parada por unas pocas monedas.

Karr Vulkan no buscaba placer sexual en aquella cantina, sino solamente tomarse un trago fuera de la larga y confortable cabina de la cosmonave de turismo en que viajaba rumbo a su propio planeta.

Hacía años que faltaba de su propio mundo. Años de un tiempo que no era el de su planeta, sino de aquel otro donde buscara fortuna siendo muchacho. Ahora, rico y con mucho trabajo acumulado en sus anchos hombros, durante todo aquel tiempo de duro esfuerzo por alcanzar su fortuna personal, volvía a la tierra de origen, para vivir tranquilo y en paz, lejos de todos los trabajos que habían marcado su adolescencia y su juventud primera. Todavía era muy joven, y su vigor físico era realmente notable, porque habla tenido que hacer grandes esfuerzos con sus músculos para trabajar en las minas de *koprinto* de los inhóspitos asteroides calcinados del primer Núcleo.

Pero pensaba que había valido la pena lo luchado antes. Ahora podía permitirse el lujo de viajar en costosas naves interplanetarias, disfrutar de una fortuna ganada a pulso, y esperar que su antigua novia, la hermosa Zara, continuara esperándole, allá en su planeta de origen, tal y como le prometiera tantas veces mediante videocartas intercambiadas entre uno y otro a lo largo de aquel período de ausencia.

—Zara... —musitó ensoñadoramente Karr, mientras saboreaba su primera jarra de vino fresco y agridulce, en una mesa flotante del etéreo y fantástico local situado junto al astropuerto de enlaces interestelares-—. Zara, querida mía, ¡cuánto ansío verte de nuevo y hacerte mi esposa! Tal vez por esa ensoñación que le inundaba con creciente nostalgia y con una ilusión renovada día a día y hora a hora, ni siquiera prestaba atención a las desnudas mujeres que se exhibían en las pasarelas de la cantina espacial, reclamando el interés de los clientes. Una atmósfera densa y abigarrada, compuesta por entes vivientes de la más diversa condición y estructura, en una mescolanza increíble de razas y de formas físicas, se podía respirar en aquel lugar de obligado paso para tanto viajero de la Federación Galáctica.

—Eres un hombre guapo y magnífico —ponderó una de las ninfas públicas, sonriendo melosamente a Karr, y rozándole con sus desnudos y vibrantes pechos nacarados, al deslizarse junto a él, insinuante—. ¿No tienes unos minutos de tu tiempo para dedicarlos al placer?

—No, lo siento —rechazó él—. Sólo entré a tomar un trago.

—Puedes beberlo en mi compañía —insinuó ella, humedeciendo sus carnosos labios con la punta de la lengua—. Tengo arriba una cámara confortable donde atenderte con todo mi amor... Te haré vivir momentos inolvidables de placer. Y todo por unos pocos créditos...

Karr la miró, absorto. Cierto que la mujer era

deseable. Caderas amplias, breve cintura, nalgas soberbias, senos erectos y duros… Piel rosada, boca viciosa, ojos de perversa picardía…

Recordó que, ciertamente, era un hombre. Y que absorbido por su trabajo, había llegado a olvidarse que existían mujeres, placeres, goces que compensaran de tantos sinsabores y sufrimientos.

—Realmente, eres hermosa —admitió.

—Aún no lo sabes bien. Cuando tus manos opriman mis pechos y mi boca te dé a beber el néctar de los goces humanos, comprenderás lo que valgo… Dania tiene para ti en su cuerpo todos los placeres imaginables… Ven y lo comprobarás, hombre mío.

—No, no —rechazó vivamente Karr, sacudiendo la cabeza enfáticamente—. No, vete. No deseo esa clase de placer. El que se paga con dinero, nunca satisface, mujer.

—Entonces, no me pagues —sonrió ella tiernamente.

—¿Cómo? —Karr enarcó las cejas, mirándola—. ¿Insinúas que serás capaz tú, una profesional del amor, de regalarme tu cuerpo y no venderlo?

—SI. Lo haré si tú me lo pides.

—¿Por qué habrías de hacerlo? —desconfió él—. Tienes aquí clientes seguros que te pagarán. Mercaderes ancianos que ni siquiera te molestarán, pero te pagarán generosamente. Mira, te están devorando con la mirada. Esperan que dejes de hablar conmigo para hacerte sus ofertas…

—Ellos no me interesan —dijo ella, desdeñosa—. Dania te quiere a ti.

—Debes estar loca —bromeó Karr, riendo—. Los hombres jóvenes, como yo, nunca te pueden ofrecer tanto como esos viejos comerciantes de bolsa repleta…

—No quiero dinero. Quiero a un hombre en mi lecho. A un macho soberbio como tú —musitó la ramera llamada Dania, entornando sus ojos con expresión voluptuosa. Sus formas desnudas vibraban. Eran las suyas carnes suaves, tersas y duras, de muchacha joven y no muy baqueatada aún en aquella vida—. ¿Vienes, amor?

—¿Insistes en que no te pague por unas horas de placer?

—No sólo insisto. No aceptaré un solo crédito de ti. Ni una insignificante moneda. ¿Cuál es tu nombre?

—Karr. Karr Vulkan. El tuyo es Dania, ¿no?

—Así es. Me llaman Dania *la Devoradora*. ¿Sabes lo que eso significa?

—Lo imagino —suspiró Karr, sin poder evitar que un escalofrío de excitación sacudiera sus vigorosos músculos—. Al menos, permite que te invite a una jarra de vino dulce de Amok…

—Sea. Eso sí te lo acepto. Brindaremos con el dulzón y afrodisíaco vino de Amok, antes de sepultamos en mi lecho para gozar lo que nunca mujer alguna te hizo sentir…

Tiró de él, sujetando su mano con dulzura persuasiva. Karr tomó la jarra del mostrador, depositando diez créditos en la mano del barman, con un gesto de que se quedara la vuelta. Con un pestañeo de sus ojos amarillos, el mutante de la Luna Estivia que servía en la larga barra flotante del astrobar,

agradeció la generosa propina del viajero. Y le avisó con toda su amabilidad:

—Si viaja en el Astrocrucero Délta-52, señor, recuerde que tiene su partida dentro de dos horas, justamente a las treinta y siete quince, hora del Cuadrante Estelar de Epsilón.

—Lo recuerdo muy bien, amigo, gracias —sonrió Karr, dejándose arrastrar por aquella deliciosa y provocativa criatura llamada Dania, hacia las estancias del placer, situadas en la planta alta de la cantina.

Numerosos mercaderes viejos, embobados con la desnudez voluptuosa de Dania, dejaron de ocuparse de ella, decepcionados ante su marcha en compañía de aquel joven apuesto y vigoroso, contra cuyo atractivo físico no tenía medios de luchar ninguno de ellos.

* * *

Realmente, pensó Karr, había valido la pena.

Había sido muy afortunado de ser solicitado por aquella hembra, sin tener que pagar por sus servicios, lo cual hubiera roto el hechizo en que se encontraba sumergido ahora, en aquel suave lecho de burbujas que parecía una nube de fantasía sobre la cual el amor más volcánico y tempestuoso encontraba su justa dimensión gracias a la sabiduría, pasión y voluptuosidad de aquella mujer turbadora.

Estaba agotándose su tiempo ya, y debía abandonarla para tomar el vuelo Delta~52, de cuyo pasaje formaba parte. Era una lástima, pensó, pero todo tenía su final, incluso lo más grato y placentero.

Aquella ronroneante gatita desnuda que tenía entre sus brazos, era una sacerdotisa infatigable del amor, conocedora de mil juegos prohibidos, técnicas distintas y complejas de alcanzar el placer, y capacidad sin límites para atraer, seducir y rendir al más poderoso de los amantes. El propio Karr, que tras una larga abstinencia de mujeres en su vida, se creía un hombre capaz de rendir a la más ardorosa hembra, tenía que confesarse ahora roto y maltrecho, admitir su derrota ante el vigor infatigable de aquella mujer todo fuego y sensualidad.

—Amor, no te vayas… gemía ella, tentadora, deslizándose por encima de su cuerpo desnudo, hecho fibra y músculo, como una sierpe sedosa y cautivadora, perdiéndose a veces entre los poderosos muslos varoniles, en busca de sabias y enloquecedoras caricias que convertían el cuerpo de Karr en una fuente de alto voltaje, sacudido por la tensión abrasadora del deseo—. Quédate… Quédate un día entero, o cien si lo deseas, y Dania será no sólo tu amante fiel, sino tu sierva hasta la muerte…

—Imposible — rechazó él, con un repentino chispazo de lucidez, incorporándose y apartando con suave firmeza a la muchacha—. Es un largo viaje a casa y debo continuarlo cuanto antes. Lo siento, Dania, pero esto tiene que ocurrir. Sólo ha sido un encuentro fugaz. Pero te prometo que jamás olvidaré lo feliz que he sido en tus brazos…

—Quédate —insistió ella—. Y conocerás goces que jamás pudiste imaginar…

—No, no —sostuvo él con firmeza, saltando del

lecho y tomando sus ropas—. Debemos decirnos adiós, Dania. Dentro de pocos minutos, parte mi vuelo. Gracias por todo. No me iré sin hacerte un regalo digno de ti. No es pagarte, Dania. Pero te mereces un obsequio. No tengo tiempo para comprarte algo, ni conozco tus gustos tampoco. Toma esto.

Le entregó una ficha plástica de color dorado. Ella lo tomó con asombro.

—¡Son mil créditos! —exclamó, perpleja—. No me cotizo tan cara, Karr... Además, te dije que no tenías que pagarme...

—No es pagarte. Eso lo estropearía todo, Dania —sonrió él, vistiéndose con celeridad—. Cómprate algo. Es sólo un recuerdo mío.

—No, Karr —rechazó ella, arrojándole a las manos la ficha de dinero—, No acepto.

—¿Por qué no?

—Seguiría pensando que me has pagado. Y ése no fue el convenio. También tú me has hecho muy feliz. Eso me compensa de todo. Antes de irte, bebamos un trago más. Pero de mi vino, no del tuyo.

Fue a una fuente cristalina que asomaba en un ángulo de la cámara amorosa, y presionó el grifo translúcido. Por su boca brotó un chorro de licor anaranjado, que vertió en dos copas. Tendió una a Karr, con ojos fijos, sensuales.

—Por nosotros, Karr —susurró—. Porque algún día volvamos a vernos...

—Por ti, Dania —suspiró el viajero—. Pero no creo que nunca nos veamos de nuevo.

—Eso, nunca se sabe —sonrió ella dulcemente.

Karr apuró su copa de un trago. Era un vino fresco y dulzón, muy grato para un paladar reseco por la pasión. Ella no llegó a probarlo. Sólo posó sus labios en el borde de la copa, y dejó ésta sobre una mesita.

—¿No bebes? —sonrió Karr, extrañado.

—No —negó ella, sin dejar de mirarle con rara fijeza.

—¿Por qué? —indagó el joven pasajero del vuelo Delta-52.

—Porque no quiero dormir —sonrió la mujer.

—¿Dormir? —pestañeó él, sorprendido—. No entiendo...

—¿No? —la boca de ella se curvó en una mueca burlona. Sus pupilas tenían un brillo malicioso—. ¿Seguro que no entiendes todavía, amor?

Karr fue a hablar. Notó una rara torpeza en su lengua. Le brotó sólo un gruñido sordo. Un sopor rápido, profundo y dulce, le invadía por momentos. Se sintió tambaleante, como narcotizado. La habitación comenzó a darle vueltas en torno. La faz hermosa y risueña de Dania tomó el aspecto de una bella máscara sardónica, burlándose de él.

—¿Qué... significa... esto? —pudo articular trabajosamente, sintiendo que su mente era como una madeja algodonosa en la que se enredaban torpemente sus ideas y pensamientos.

—Significa, querido macho mío, que vas a dormir profundamente a partir de ahora.

—Pero... ¿por... qué? -—su voz apenas si era ya un murmullo, mientras comenzaba a desplomarse, pese a todos sus esfuerzos.

—Porque no tomarás ese vuelo a tu casa. No para retenerte a mi lado, como puedes suponer tú, sino para algo muy distinto... Lo siento, Karr. Eres hermoso y viril, pero como todos los hombres, eres necio y te dejas engañar fácilmente por una mujer hermosa.

—Yo... yo... maldi... ta... —jadeó, trastabillando antes de caer de bruces sobre el esponjoso lecho de burbujas, donde quedó inmóvil, boca abajo.

La desnuda y bellísima mujer sonrió triunfalmente al ver el desenlace de la escena. Se vistió con rapidez, echándose encima de su desnudo cuerpo una túnica azul, y fue a una puerta posterior. La abrió, emitiendo un silbido prolongado, repetido durante tres veces.

Momentos más tarde, dos hombres con ropajes negros aparecían en el umbral, mirando al interior.

—Buen ejemplar —aprobó uno de ellos, chascando la lengua—. Joven, poderoso... Muy fuerte.

—Excelente trabajo, Dania —felicitó el otro—. Tú siempre proporcionas buen material.

—Sabéis que podéis confiar en mí —suspiró ella. Miró al caído joven y meneó la cabeza—. Lástima, Era un buen amante.

—Encontrarás otros, seguro —rió el que hablara primero, sacando de un bolsillo hasta una veintena de fichas plásticas de color rojo brillante—. Toma, lo convenido: doscientos mil créditos. Como ves, pagamos generosamente y al contado.

—Lo sé. Por eso os doy buena mercancía —dijo ella fríamente—. Tengo mi propio código de honestidad comercial. Rechacé un dinero de ese hombre por ética.

—No te preocupes. El dinero que lleve él encima, será para nuestros gastos —rió el otro individuo, mientras cargaban con el atlético cuerpo de Karr Vulkan entre los dos—. El patrón nunca se preocupa por esas minucias. Lo que quiere son hombres jóvenes y fuertes, eso es todo. Hasta otra, Dania.

—Si, hasta otra —respondió ella, dirigiendo una última mirada al hombre que se llevaban consigo—. Espero que cuidéis de él. No os lo entrego para que muera.

—Descuida, Un hombre muerto, nunca es rentable. Por algo te pagamos esa suma. Cuanto más tiempo viva, más rendirá.

—Puede rebelarse... —sugirió Dania, temerosa, acariciando de pasada los músculos torácicos del inconsciente Karr al pasar a su lado ellos con el cuerpo inerte.

Los dos se echaron a reír. Cambiaron una mirada sarcástica.

—¿Rebelarse? —dijo uno—. Si dices eso, es que no sabes los métodos del patrón. Nadie puede rebelarse allí donde este tipo irá, te lo aseguro. Absolutamente nadie...

Se cerró la puerta tras ellos. Dania se quedó sola en su cámara amorosa. Lanzó un suspiro, se despojó de su túnica azul, y se encaminó de nuevo a la sala de la cantina, tras guardar sus doscientos mil créditos» donde nadie pudiera hallarlos.

Minutos más tarde, los ojos de la hermosa y desnuda muchacha, que se disputaban en ese instante dos viejos mercaderes del Núcleo Cinco, siguieron una

estela de luz en el cielo tachonado de astros y nebulosas.

Era el vuelo Delta-52, que reanudaba su viaje desde el astropuerto vecino. Pero Karr Vulkan no viajaba ya a bordo. Su destino era muy otro en esos momentos.

2

Sí. Había sido un error. Un tremendo error.

Ahora lo sabía. Pero era tarde para enmendarlo. Era tarde para todo.

—¡Qué estúpido, qué necio he llegado a ser! —se lamentó Karr Vulkan, mientras se movía dificultosamente, con su brazo derecho y su tobillo del mismo lado sujetos por aquella especie de gusano metálico que ceñía su muñeca y pierna, y que apenas él se detenía o hacía un movimiento no previsto por sus captores, se ceñían con mayor fuerza a su carne, hasta lacerarle, enviando a todo su cuerpo una descarga eléctrica de variable intensidad, que podía ir desde un molesto hormigueo, hasta un latigazo de elevada tensión, capaz de derribarle entre dolorosas y violentas convulsiones.

Había experimentado ya en dos ocasiones esa dura prueba, apenas tuvo consciencia y trató de rebelarse contra aquel inexplicable cautiverio de que ahora era víctima.

En ambos casos, sus ligaduras metálicas habían obrado con plena autonomía, produciéndole un dolor insufrible, como simple advertencia de lo que eran

capaces si insistía en sus acciones rebeldes. .

—Es inútil cuanto intentes, amigo — le había dicho otro cautivo, caminando junto a él por aquel interminable túnel vagamente iluminado por tubos de luz fluorescente, de tono dorado—. De aquí no escapa nadie. Ni nadie muere tampoco. A ellos no les interesa.

—¿Ellos? ¿Quiénes son *ellos*? —quiso saber Karr, mirando al hombretón gigantesco, de piel verde y escamosa, un humano de rostro y epidermis de reptil, como casi todos los procedentes del espantoso planeta Vishna, del Sistema Solar de Gamma-Tres.

—Nuestros amos y captores, los mercaderes.

—¿Mercaderes? ¿Qué clase de mercaderes?

—Corsarios del espacio, amigo. Mercaderes ilegales que explotan regiones remotas de asteroides deshabitados o montan instalaciones espaciales agresivas con las que defenderse de las patrullas de policía costalea de la Federación. Nosotros somos su mano de obra.

—¿Sus esclavos?

—Eso es. Sus esclavos, como en las antiguas civilizaciones. Hacen una leva constante en todos los lugares de la Galaxia, reclutan a gente como tu o como yo, jóvenes y fuertes, para los trabajos de sus Colonias secretas y sus instalaciones militares clandestinas. Son ricos y poderosos. Y su jefe es tan astuto como implacable.

—¿Quién es el jefe?

—Zoltek, el Amarillo.

—No oí hablar nunca de él.

—Se ve que eres forastero y vienes de lejanas

tierras, para no haber oído su nombre —comenzó amargamente el humanoide-reptil de Vishna.

—Así es. Trabajé desde niño en las minas de koprinto del Tercer Núcleo.

—Oh, entiendo. Los Asteroides Calcinados, como los llaman...

—Así es. Allí, la vida era muy dura. Y no se recibían noticias apenas del resto de la Federación.

—Aquel trabajo no es nada, comparado con el que nos espera en manos de Zoltek, el Amarillo. Es un ser despiadado, un gigante de las antiguas tierras orientales del planeta Imperia. Dicen que procede de los grandes mongoles amarillos de las Dinastías Olvidadas de Chang-Hoi. Sea como sea, es un ser cruel, demoníaco, inteligente y desprovisto de conciencia. El más vil y feroz de los mercaderes piratas del espacio inter-galáctico.

—Vaya por Dios... —suspiró Karr con voz cansada —. Y he tenido que ir a parar a sus manos, por creer en la dulzura y espontaneidad de una mujer deseable, hermosa...

—Todas las mujeres son iguales, sea cual sea su raza —sentenció el hombre- reptil—. No debiste fiarte de ellas, amigo.

—Ya es tarde para eso —mostró sus gusanos metálicos, enroscados fuertemente a su muñeca y tobillo derechos—. *Esto* parece tener vida propia…

—Es como si la tuviera, si.

—Pero sólo es metal...

—Metal programado. Tiene una serie de circuitos que lo hacen actuar adecuadamente en cada situación.

Se acoplan perfectamente a los cautivos. Es peor que tener encima a un vigilante armado. Ellos vigilan por los seres vivientes. Y no fallan nunca.

—Entiendo —Karr miró aprensivo, con auténtico odio, a aquellas piezas inanimadas que cerraban su dogal en tomo a muñeca y tobillo, como auténticos reptiles inteligentes de acero dotados de un cerebro, no por artificioso, menos eficaz a la hora de reprimir cualquier indisciplina o intento de rebelión—. ¿Esto significa que estamos condenados a ser esclavos y trabajar obligadamente al servicio de ese amo despótico?

—De por vida, sí.

—¡De por vida! Es demasiado tiempo, amigo...

—Es *todo* el tiempo de que disponemos —aseguró fríamente el hombre-reptil—. Ya nunca seremos libres. Esta gente paga a buen precio los nuevos reclutados. Es una leva forzosa e implacable. Pero saben hacer rentables sus recompensas a los que nos venden como simple mercancía. Cuando seamos demasiado viejos y estemos agotados para rendir normalmente, seremos sacrificados sin remedio. Es nuestro inexorable destino.

—Maldita Dania... —jadeó Karr, furioso, apretando con rabia sus puños, e inmediatamente, sintió cómo aquellos gusanos metálicos empezaban a apretar su presión sobre la carne, hasta hacerse dolorosos. Era obvio que actuaban bajo cualquier impulso emocional de su portador, tal y como habían sido programados previamente.

Se dominó para no sentir más daño a causa de los

endiablados «guardianes» de metal enroscados en su pierna y brazo. La presión de éstos cedió de inmediato. Karr los miró con odio mal contenido. Pero no hubo alteración. Sin duda, una simple mirada, por colérica que fuese, no activaba sus impulsos cibernéticos. Menos mal, pensó Karr con cierta amarga ironía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de repente a su compañero de escamosa piel.

Este le escrutó con sus ojos saltones, que sólo cubrían hasta la mitad los rugosos párpados entornados ahora. Poseía unas facciones extrañas, mezcla de las de un saurio y un hombre, con las mismas verdosas escamas en su epidermis.

—Skrog —dijo con sencillez—. ¿Y tú?

—Karr Vulkan. Llámame solamente Karr —suspiró el joven—. Es como siempre me llamaron en los Asteroides Calcinados.

—Ya —humedeció el hombre verdoso sus labios con una lengua bífida particularmente rápida, que sin embargo le permitía modelar bien sus palabras—. ¿Hiciste algo de fortuna allí?

—Sí —afirmó Karr, con un repentino brillo de esperanza en sus ojos—. Mucha. Tengo una cuenta corriente en el Banco Interestelar de la Federación. Ya sabes, una cuenta con cifra codificada y todo eso. Soy rico, Skrog. ¿Eso puede servirme ahora? Podría pagar mi rescate a ese amarillo Zoltek, a través del Banco.

—No lo intentes —le avisó en voz baja Skrog—. Se quedaría con todo tu dinero y continuarías siendo su esclavo. No digas a nadie que eres rico. No menciones eso aquí. Trata de ser como cualquiera de nosotros,

Karr. Será lo mejor para ti, créeme.

El buen humanoide-reptil parecía sincero al hablar así. Karr estudió sus redondas pupilas negras con fijeza. Luego asintió, sonriendo.

—Sí, creo que tienes razón —convino con resignada expresión—. Después de todo, para mí es mucho dinero. Pero quizás para Zoltek no fuese tanto...

—El es inmensamente rico y poderoso. Ha robado millones y millones a todos los Estados de la Federación Galáctica. Posee un ejército de mercenarios de todos los mundos habitados, así como un cuerpo especial de androides especialmente diseñados y programados para luchar. Es invencible, la verdad. Cuídate de él.

—¿Le conoceremos personalmente?

—Lo dudo mucho, Karr. Tiene gente de confianza que dirigen a los esclavos en las distintas factorías y centros de trabajos forzados. Erik Vaal es el cabecilla de todos esos grupos. Nosotros supongo que trataremos con el lugarteniente de Vaal, allí donde somos enviados ahora.

—¿Sabes adonde nos llevan? —se interesó Karr.

—Me temo que sí. Recibí la confidencia de un guardián, un tal Xoff. Nos llevan a Sol Anakan.

—Sol Anakan... ¿Eso es un sol, una estrella?

—Lo fue en tiempos. Ahora es un astro apagado, sólo con algunos rescoldos bajo su superficie enteramente cristalina. Es un mundo hecho de carbones, de diamantes y de vidrios preciosos de gran valor industrial y comercial en toda la Galaxia.

Cuando Zoltek ocupó ese mundo inhóspito, aún había muchas regiones hirvientes, donde los carbonos y cristales formaban corrientes de lava que, al enfriarse, formaron la superficie vidriosa de Sol Anakan.

—¿Y qué hemos de hacer allí? ¿Extraer carbonos?

—Así es. Los más puros, son convertidos en joyas. Los demás, son para uso industrial y para modernas computadoras, así como para losetas de uso en fuselajes de supernaves intergalácticas, dada su enorme resistencia a todas las temperaturas y atmósferas planetarias en cualquier grado de fricción.

—¿Nadie puede arrojar de ese sol apagado a Zoltek y su gente?

—No, nadie. Posee medios bélicos capaces de rechazar incluso a fuerzas militares federales. Por eso la Federación hace la vista gorda y deja que ese pirata gobierne a su antojo en la zona. No le interesa un enfrentamiento abierto con Zoltek, y a cambio de esa patente de corso, el maldito mongol les presta ayuda en muchas cosas oscuras y nada honestas.

—Entiendo. Zoltek sobrevive porque a la Federación le interesa que sea así.

-—Sí, exacto. ¿Te das cuenta ahora de lo difícil que es salir de este trance?

—Sí, me doy cuenta. Según tú, imposible.

—Imposible de todo punto —corroboró sombríamente el hombre-lagarto.

—¿Allí sólo veremos a Erik Vaal?

—Ni siquiera eso. Tal vez le veamos alguna vez, pero no siempre. El que tratará con nosotros será su segundo, un esbirro brutal llamado comandante Woltz.

Si le puedes pagar favores, te los hará. Pero sólo a cambio de dinero, y sin que eso signifique nada. Woltz no tiene amigos ni aprecia a nadie. En cuanto no tengas dinero, te tratará como a una bestia, sin gratitud alguna por cuanto le hayas dado antes.

—Llevo algo de dinero encima. No me despojaron de todo, afortunadamente, aunque los esbirros que me recluta- ron me esquilmaron un buen puñado de créditos en tarjetas canjeables al portador. Por suerte, oculté en otro lugar de mi persona una suma importante. Espero que nos sea útil a los dos, Skrog.

—¿Vas a ayudarme a mí? —el humanoide-reptil volvió a humedecer nerviosamente sus labios—. ¿Por qué, Karr? No me conoces de nada.

—Pero estamos metidos hasta el cuello en esto los dos. Eso es suficiente. Somos camaradas en el infortunio.

—Gracias, amigo. No olvidaré lo que hagas por mí, te lo prometo.

—Bueno, ya habrá tiempo de eso. Aún no he empezado a intentar ayudarte en algo, amigo Skrog. Espero que sigamos juntos en lo sucesivo...—Estamos en la misma formación, y eso indica que, al menos de momento, no nos separarán de la misma brigada de trabajadores, eso seguro. Los dos somos fuertes, y también lo son nuestros acompañantes. Es seguro que formaremos uno de los llamados Grupos de Elite,

—Y eso, ¿qué significa?

—Nada bueno para nosotros. Nos darán algo mejor alimento que a los demás, eso sí. Pero a cambio tendremos que rendir mucho más en nuestro trabajo,

dada nuestra fortaleza física.

—Y si nos agotamos antes de lo que ellos preveen… —agitó su muñeca, rodeada por el gusano de metal—. Estos nos harán seguir sacando fuerzas de flaqueza, queramos o no, ¿no es cierto?

—Sí, Karr —confesó tristemente Skrog—. Esas pulseras que llevamos encima, serán nuestro peor enemigo, junto con la tiranía del comandante Woitz.

Karr Vulkan nada respondió a esas pesimistas palabras de su nuevo camarada. Se limitó a seguir adelante, caminando por aquel túnel interminable que había de conducirles, desde la nave de transporte en que fueron llevados allí después de una forzosa leva en la que él había sido víctima a causa de la perfidia de una mujer pública de rara hermosura, hasta otra nave espacial que les llevaría a su destino definitivo.

Ese destino era un sol apagado, en un remoto punto de la Galaxia, exactamente en su Cuadrante Alfa-ó, Núcleo Treinta, llamado Sol Anakan. Allí, sería esclavo de un pirata del espacio, singularmente poderoso y cruel, hasta el fin de sus días. Que sería, justamente, cuando sus excepcionales fuerzas físicas tocaran a su término. Ese día, los piratas del espacio les exterminarían, por no ser ya de utilidad a sus amos y señores actuales.

Eso, a menos que un día, cualquier día en el tenebroso futuro que se le presentaba, ocurriese un auténtico milagro y pudiera recobrar su libertad y albedrío.

* * *

Y el milagro ocurrió.

Pero antes, hizo falta que ocurrieran muchas cosas. Y que transcurriera mucho, quizás demasiado tiempo. Tanto, que ya Karr Vulkan había empezado a perder fe en que algún día pudiera volver a ser libre y dueño de sus actos.

Fueron jomadas duras, interminables, agotadoras, con el llamado Grupo de Elite, compuesto por fornidos, atléticos, vigorosos mocetones reclutados a viva fuerza como en una vieja leva, acá y allá, en mundos y puntos distintos, obteniendo muestras de las más diversas y heterogéneas razas imaginables.

En el reducido grupo del que formaba parte Karr, no sólo estaba el hombre-reptil, el servicial y amable Skrog, sino también un zoónido del planeta selvático Arbox, llamado Ingar. Demostró ser un leal camarada, porque en una ocasión trabajó por dos, a causa de un día de fiebre del humanoide- reptil, y en otra ocasión cubrió la falta de Karr, dañado por la caída de un enorme peñasco cristalino que a punto estuvo de destrozarle la pierna y le dejó renqueante por unas jornadas.

Todo eso, unió entre sí a los tres seres inteligentes, pese a sus diferencias antropomórficas, creando entre ellos el nexo de una auténtica amistad y camaradería muy estrechas. Karr sólo podía ayudar a sus compañeros con un esfuerzo supletorio cuando se sentía en plenitud física, o mediante su dinero, bien administrado, que el corrupto comandante Woltz

recogía prestamente, a cambio de ciertos favores, como alimentos especiales, algo de bebida alcohólica, y cosas por el estilo, que no pusieran en peligro su control sobre los esclavos del cristalino Sol Anakan.

Asi, lenta y fatigosamente, en un clima de abatimiento, cansancio físico y depresión psíquica iba transcurriendo el tiempo. Karr sabía que ya no eran sólo días ni semanas, sino meses de su propio planeta los que pasaban inexorablemente. Y así, dobló la esquina del primer año de cautiverio y esclavitud.Un día, anunciaron la llegada a Sol Anakan de Eri|c Vaal, lugarteniente personal del todopoderoso Zoltek, el Amarillo3 amo y señor de aquel mundo de pesadilla, temido pirata galáctico y bribón sin conciencia, con patente de corso de la propia Federación para hacer cuanto le viniese en gana, siempre que no fuese un adversario político de los federales ni les crease problemas de tipo ideológico en la Galaxia.

Y el milagro que Karr esperaba quieta, callada, resignadamente, fue posible, paradójicamente, cuando el tan esperado esbirro de Zoltek tenía anunciada su llegada al Sol Anakan, para dirigir una alocución a los esclavos allí confinados de por vida...

* * *

Era una enorme explanada rodeada por las grandes sinuosidades montañosas de las minas de carbonos y cristales preciosos. La propia superficie del claro, en una extensión considerable, era una especie de cristalino suelo donde la luz radiante de varios soles

lejanos producían juegos de claridad y color increíblemente bellos. Pero ninguno de los trabajadores forzados de aquel reducto tenía ojos para descubrir los encantos de un paisaje que le era particularmente odioso, porque allí se veía obligado a trabajar la jornada completa, bajo las inclemencias de un tiempo variable, con días ardorosos y noches gélidas y prolongadas, hasta sentir sus músculos agotados y su cerebro maltrecho.

En un estrado instalado en aquella explanada vidriosa, aparecía ahora el lugarteniente de Zoltek, el Amarillo, erguido y solemne, dispuesto a dirigir la palabra al ejército de sometidos que se hacinaba ante él, controlado por la guardia armada del comandante Wolt y sus propios grilletes electrónicos, programados para reprimir cualquier intento de sedición o rebeldía.

Erik Vaal, el lugarteniente de Zoltek, era un hombre muy alto, vigoroso y rabio, de dorada piel y ojos incoloros, uniformado con un atavío totalmente negro charolado, en el que destacaba la roja calavera fluorescente que el pirata de los espacios siderales, el mongol Zoltek, tenía como divisa y gallardete de su flota corsaria.

—¿Y qué va a contarnos ahora ese fantoche? —masculló Karr, irritado al ver aparecer en el estrado a tan extraño y grandilocuente personaje.

Sus dos compañeros de cautiverio y trabajo cotidiano, miraron al esbirro del pirata, que se despojaba lentamente de su negro casco de acero y de sus guantes de material plástico metalizado, dispuesto a hablar de un momento a otro a la impresionante

masa formada por más de cinco mil esclavos del poder tiránico de su amo y señor, el cruel Zoltek.

—Escuchad, amigos todos... —comenzó Erik Vaal cínicamente.

Y un murmullo de hostilidad y beligerancia brotó de las gargantas de todos los asistentes. Murmullo que pronto fue ahogado por jadeos y quejas de dolor, cuando cada uno de ellos experimentó en su muñeca y tobillo el latigazo doloroso, la descarga eléctrica de sus pulseras cibernéticas, en castigo a esa muestra de animosidad contra el poder dominante.

—Vamos, vamos, calmaos —sonrió fríamente, con gesto complacido, Erik Vaal—. Nadie trata de causaros daño. Vosotros mismos lo provocáis con vuestra actitud irreflexiva. Sé que a nadie le gusta trabajar día tras día, pero traigo para vosotros una oferta realmente generosa de mi amo y señor, el gran Zoltek, el Amarillo. Una oferta que puede ser, ni más ni menos, vuestra propia libertad a corto plazo. ¿Qué os parece la idea?

Esta vez el murmullo no fue beligerante ni implicaba agresividad contra Vaal. Todos sentían en sus carnes el dolor y no deseaban experimentarlo de nuevo. Pero tampoco confiaban en esa oferta de sus verdugos, de ahí que el rumor fuese de escepticismo y duda. Sólo una leve presión, en muñeca y tobillo, marcó la reacción de sus grilletes programados.

—Sé lo que pensáis. No creéis que Zoltek sea capaz de tanta magnanimidad con todos vosotros. Esperáis acabar vuestros días aquí, en este sol remoto, extrayendo cristales preciosos. Pues, no. En vuestras

manos, ahora, está vuestra única esperanza de libertad. Escuchadme bien: Zoltek, el Amarillo, va a casarse en breve.

Un colectivo aire de perplejidad asaltó a todos. Se miraron entre sí la inmensa mayoría, como preguntándose qué diablos tendría que ver ese aspecto de la vida sentimental del tiránico pirata espacial, con su propia ansia de libertad.

—Pues bien, oídme ahora —prosiguió Erik Vaal con voz solemne, que se expandía por la gran planicie cristalina, gracias a un ingenioso juego de altavoces situados en los montículos de vidrios faceteados donde se hallaban las minas de tan preciados carbonos—. Todos y cada uno de vosotros va a tener oportunidad de ser libre. Zoltek ha programado una serie de actos y acontecimientos nupciales que rodearán de esplendor su boda futura, en el planeta Zeus. Entre esos actos, hay un espectáculo circense realmente espectacular. En él, competirán los más fuertes gladiadores contra animales monstruosos de los planetas pantanosos del Núcleo Quince. Allí, la fuerza y la habilidad tendrán su premio. Los escogidos para los duelos que ganen su batalla en la arena contra el adversario que tendrán por riguroso sorteo público, tendrán como premio cien mil créditos y la libertad inmediata. ¿Qué decidís? ¿Alguno de vosotros se inscribe en ese magno espectáculo?

Hubo un clamor estruendoso de los miles de esclavos allí agrupados. Al parecer, todos se mostraban entusiasmados por esa remota posibilidad de ganarse la libertad en duelo mortal contra un animal peligroso

y amenazador. Miles de brazos se alzaron, en oferta inmediata y colectiva.

—Eso es una canallada —dijo sordamente Skrog—. Los animales de los planetas pantanosos son muy difíciles de vencer. Los voluntarios irán a la muerte, de la forma más estúpida.—Pero la gente tiene una esperanza de ser libre —apuntó el zoónido velludo-—. No me extraña que se inscriban todos. Yo mismo pienso acudir.

—¿Estás loco? —se escandalizó el hombre-reptil—. ¡Irás a morir sin remedio!

—Tal vez no —terció gravemente Karr—, Opino como los demás: es mejor intentar salir de aquí como sea, a morir lentamente en este infierno cristalino que nos va dejando agotados y ciegos de forma paulatina.

—¿Piensas ofrecerte voluntario para esa masacre? —se extrañó Skrog.

—Por supuesto. Lo que me sorprende es que acepten a todos para ese espectáculo. Necesitan aquí esclavos que trabajen...

—Me imagino lo que hará ese fantoche —jadeó el velludo zoónido del planeta Arbox — Seleccionará a los más fuertes y aguerridos, para dar a su jefe un espectáculo digno de sus esponsales, malditos sean todos ellos. A ti seguro que te eligen, Karr.

—Y a vosotros, estoy convencido.

—Yo no pienso presentarme —rechazó Skrog, despectivo, asomando su bífida lengua entre los labios verdosos.

—Te presentarás, Skrog.

—¿Qué? —miró asombrado, con sus redondos ojos,

al autoritario compañero.

—Los tres nos presentaremos. Somos fuertes y seremos elegidos, estoy seguro. No vamos a renunciar a esa posibilidad. Después, una vez en el planeta Zeus, quizás huir sea más fácil que intentarlo aquí, en este remoto rincón de la. Galaxia...

—No es una mala idea —apuntó Ingar, el zoónido —. Pensándolo bien, me inscribiré contigo, Karr. Y tú deberías hacerlo, Skrog. Los tres unidos, podemos llegar lejos, después de todo.

—No sé... —dudó el hombre-reptil—. Esta aventura puede resultar mal para todos.

—¿Peor que esto? —replicó Karr—. Vale más jugárselo todo a una carta, amigo mío.

—De acuerdo -—suspiró el ser de piel escamosa, bajando la cabeza—. Me presentaré con vosotros. Y ya veremos lo que resulta de esta locura...

—Sólo pueden resultar dos cosas: o la muerte, frente a un animal monstruoso, en la arena... o la vida en libertad. Ambas cosas valdrán más la pena de seguir malviviendo y muriendo lenta e inexorablemente en este horrible lugar...

—Sí, creo que tienes razón —admitió gravemente Skrog—. De acuerdo. Vamos los tres a por todo... y que Dios nos ayude.

3

El planeta Zeus era uno de los más grandes de aquel Núcleo distante, dominado en su totalidad por

las huestes feroces del corsario Zoltek. Las aeronaves de éste, fuertemente armadas y dotadas de los más sofisticados sistemas de detección, patrullaban constantemente por el espacio interplanetario de la zona, impidiendo el acceso de cualquier vehículo ajeno a su poderosa organización criminal.

Tolerado ese estado de cosas por la Federación, que obtenía a cambio de la cesión de aquella vasta región espacial al poderío de Zoltek favores muy especiales del pirata cósmico, podía decirse que allí no había más autoridad ni más poder que el del oriental llegado de un planeta de parias violentos y salvajes.

El viaje desde el Sol Anakan a Zeus fue rápido y relativamente confortable, si bien ninguno de los mil gladiadores elegidos por Erik Vaal en el astro cristalino había visto despojadas sus muñecas y tobillos de las temibles argollas de acero con cerebro electrónico.

Por supuesto, los tres camaradas formaban parte de la expedición. Karr, Skrog y el zoónido Ingar, habían sido escogidos entre los demás, por su fortaleza física y su juventud. Los restantes gladiadores que iban a participar en los bárbaros juegos circenses de los esponsales de Zoltek, eran igualmente criaturas de diversos mundos y razas, pero todos ellos con juventud y vigor físico suficiente como para hacer emocionante el enfrentamiento con las fieras estelares que saltarían a la arena del Gran Coliseo de Zeus.

—Aunque nadie ha visto su rostro, que el gran Zoltek guarda celosamente para contemplarlo él solo, dicen que la belleza de su prometida, Alura, es capaz

de oscurecer el brillo de las más radiantes estrellas —explicó por el camino uno de los esbirros de Vaal, que podía beber generosamente en la cantina de la astronave gracias al dinero de Karr—. Y ella será quien, al término de los festejos, dé personalmente la libertad a quienes la supieron ganar en la lucha contra las fieras.

—Se supone que será difícil esa victoria... —sugirió Karr astutamente, para sonsacar al esbirro.

—¿Difícil? —el otro soltó una risotada, animado por el alcohol—. Imposible, diría yo. El propio Zoltek ha elegido los animales monstruosos con quienes deberéis luchar. No quisiera estar en vuestro pellejo, la verdad, aunque me jugase en ello la esclavitud o la libertad. Hay unicornios salvajes de Ungar, hidras de tres cabezas de las selvas de Anacord, ratas gigantes y voraces de los asteroides muertos de Austral, y hasta pterodáctilos asesinos del sombrío planeta Necros. Una fauna horripilante y cruel como pocas.

—Ya veo —con gesto preocupado, Karr cambió una mirada significativa con sus dos compañeros de odisea—. ¿Y ella, la bella Alura, sabe la clase de carnicería qué va a presenciar en el anillo del Coliseo?

—No creo que lo sepa. Imagina unos juegos divertidos y emocionantes, pero no una matanza de esclavos gladiadores como vosotros... —soltó un eructo, tras apurar su enésima jarra de vino agrio de frutos silvestres de las tierras de Isthiar, el planeta Tao, el más fuerte y embriagador de los licores, y les miró, entre compasivo y torpe—. Oh, lamento deciros esto, pero cometisteis un grave error al elegir la

participación en esos Juegos. Es como ir a la muerte sin remedio. No podéis vencer.

—Tampoco podemos dejamos matar lentamente en Anakar —señaló Skrog, sombrío, haciendo chascar su bífida lengua con disgusto—. Lucharemos hasta el fin por ser libres,

—Quisiera poder ayudaros. Me caéis bien los tres —apoyó el borracho una manaza áspera y velluda en el hombro de Karr Vulkan, con la familiaridad propia de los ebrios—. Y tú te portas bien conmigo, Vulkan, pero no puedo hacer nada. Quien traiciona a Zoltek o ayuda a uno de sus esclavos, es hombre muerto, bien lo sabes.

—Claro. Anda, toma otro trago, si lo deseas —Karr echó sobre el mostrador del bar de la astronave una moneda—. Nosotros tomaremos algo de comer, si nos lo permites. Algo que no sea la bazofia que nos sirven de rancho tus camaradas, claro...

—Por supuesto, amigos —rió el esbirro, apresurándose a recoger su nueva jarra de vino carmesí y denso como la misma sangre—. Yo os puedo conceder más tiempo de período de recreo a bordo, eso sí está en mi mano. Sentaos y comed, amigos.

Karr y sus dos camaradas ocuparon una mesa en el local, pidiendo él una comida copiosa y apetitosa para los tres. Karr pagó al camarero con una ficha plástica de cien créditos, y recogió el cambio, dando una generosa propina, como era costumbre suya. El empleado del bar de la astronave ocupada por los esclavos en viaje a Zeus, se inclinó, confidencial, agradecido por la generosidad del cliente.

—Mil gracias, humano —dijo, puesto que él era una rara mezcla de humanoide y gato de orejas puntiagudas y bigotes erizados, procedente del planeta Ungar, el de los feroces y poderosos unicornios—. Como vosotros, también yo soy esclavo de Zoltek. Por eso no puedo ayudaros a una evasión de esta nave, como sería mi deseo.

Y mostró su muñeca, bajo el uniforme de camarero. Igual que ellos, lucia la pulsera viviente enroscada en su brazo. Karr asintió, con la frente cubierta de surcos de preocupación.

—Ya veo. Todos somos esclavos a bordo, excepto los guardianes, ¿no?

—Todos, sí. Pero los que no somos muy fuertes, estamos destinados a trabajos como éste. Veo que gastas mucho dinero para tener contento a ese villano. No esperes nada de él Ningún esbirro de Zoltek traicionaría jamás a su amo. Le temen demasiado para eso.

—Lo sé, amigo, lo sé. Pero conviene tener amigos hasta en el infierno —sonrió Karr.

—Eso es cierto. Si puedo hacer algo por vosotros en este viaje, contad conmigo.

—Si pudieras… —Karr se encogió de hombros, meneando la cabeza—. Pero me temo que estés en nuestras mismas condiciones…

—Así es. Sin embargo, una camarera oye muchas cosas, sobre todo cuando los demás beben en exceso. En estas naves viajan a veces hombres de confianza de Zoltek, oficiales de sus destacamentos y patrullas especiales. Y uno se entera de cosas…

—¿Cosas? —el tono de Karr se hizo confidencial y casi inaudible—. ¿Qué cosas?

—Recordad algo que ha mencionado uno de los altos cargos de Zoltek en una ocasión —susurró el camarero—. Si algo puede vencer a las fieras con quienes os enfrentaréis en la arena del Coliseo de Zeus, será vuestro propio y más tiránico enemigo… Eso es lo que dijo aquel hombre.

—No veo peor enemigo ni más tiránico que estas pulseras —señaló Karr, alzando su brazo, con el ceño fruncido por la curiosidad—. ¿Cómo podrían ellas ayudarnos en la lucha que vamos a iniciar?

—Eso, no lo sé. Pero tenedlo en cuenta llegado el momento… por si os sirve de algo —concluyó el camarero su confidencia, alejándose de la mesa.

Los tres se miraron. Karr estudió de nuevo la pulsera de su muñeca, pensativo. Los otros dos le miraban a su vez, confiando en que la inteligencia de aquel joven humano diese con la clave de ese misterio.

Al fin, Karr se encogió de hombros, comenzando a ingerir alimentos, y manifestó perplejo:

—No sé. Pero bueno será no olvidarlo…

* * *

Era un espectáculo grandioso. Grandioso y bárbaro.

El Coliseo de Zeus poseía unas dimensiones realmente ciclópeas. En sus repletos graderíos debían apiñarse aquella cálida mañana alumbrada por los dos radiantes soles del planeta, al menos medio millón de

espectadores, impacientes por asistir a los festejos que su amo y señor, Zoltek, el Amarillo, había programado en homenaje a su futura esposa, Alura, el día mismo en que iba a convertirla en la reina de los piratas del espacio.

En las instalaciones destinadas a los gladiadores cósmicos, un millar de seres de distintas razas y especies, desde mutantes a humanos, desde híbridos a amorfos, se preparaban y entrenaban en los patios, aguardando el momento de saltar a la arena ovalada donde tendrían que enfrentarse a las fieras elegidas por Zoltek para la batalla.

Karr miró curiosamente entre las pesadas rejas que separaban un patio del resto del Coliseo, descubriendo el estrado principal de la tribuna de honor, aún vacío, con dos asientos como tronos, rodeados de gallardetes y estandartes.

—Los futuros esposos aún no han hecho acto de presencia —señaló.

—Oh, no —replicó otro gladiador, enarbolando un enorme espadón con el que pensaba luchar para ganarse la ansiada libertad—. Su llegada será la señal para comenzar los Juegos, ¿no lo sabías?

—No, no lo sabía -—suspiró Karr, contemplando cómo uno de los enormes gallardetes con las armas y el escudo de Zoltek, en el que se destacaba la roja calavera del emblema, colgaba hasta casi rozar la propia arena, sujeta a un mástil de acero que sobresalía del palco presidencial—. Es la primera y la única vez, imagino, en que viviré uno de estos espectáculos. ¿Tú eres veterano en ellos, amigo?

—Lo soy —el otro le mostró, orgulloso, las mil y una cicatrices que surcaban su cuerpo de titán, musculoso y enorme—. He servido fielmente durante años a Zoltek, pero cometí un error. Y Zoltek no perdona nunca. Eso me hizo caer en desgracia. Ahora, si deseo ser libre, debo luchar, como todos vosotros.

—¿Y hay alguna esperanza? —sugirió Karr.

—Ninguna —el hombretón meneó la cabeza de lado a lado—. Ninguna, muchacho. Esas fieras nos matarán sin remedio. Las he visto en los fosos. Son verdaderos monstruos asesinos. Pero prefiero eso a vivir como esclavo hasta el fin de mis días.

—Lo entiendo. ¿Cuál es tu nombre, amigo?

—Ur. ¿Y el tuyo?

—Karr.

—Bien, Karr. No albergues esperanzas ni ilusiones. Tenemos sólo una posibilidad entre diez mil. Zoltek sabe lo que se hace. Quiere una matanza, y la tendrá. Cuando estos Juegos terminen, la arena será un lago de sangre.

Karr se estremeció, sin decir nada. Sus ojos volvieron a contemplar el vacío palco y los dos tronos, el largo gallardete, que el viento matinal agitaba hasta rozar con su extremidad puntiaguda la arena.

Reunióse con sus amigos Skrog e Ingar, a quienes relató la charla mantenida con el hercúleo Ur. Los otros dos pusieron gesto de circunstancias.

—Lo sabía, Karr —suspiró el hombre-lagarto—. No tenemos ni una posibilidad.

—Veremos, amigos. Veremos —manifestó sordamente

Karr, arrugando su ceño en un gesto de fiereza indómita—. Aún estamos vivos, que es lo que cuenta.

—Sí, pero ¿cuánto tiempo? —Quiso saber Ingar, lúgubremente, con un gesto de abatimiento en su velludo rostro de plantígrado inteligente.

Karr no respondió. En ese momento, un clamor unánime y estruendoso señaló la entrada de Zoltek al circo. Y con él, su futura esposa Alura.

Era la señal para comenzar los sangrientos Juegos.

* * *

Ur había, tenido razón.

La sangre formaba ya regueros y charcos en la arena oval. Monstruos espantables y feroces, dignos de una pesadilla, hablan masacrado inexorablemente a casi un centenar de esclavos combativos y desesperados en su afán por ser libres.

El público rugía, espoleado en su morboso deleite por tan feroz espectáculo, y el rostro amarillo y mongólico de Zoltek, en su trono, era una máscara de complacencia y sádico placer, ante los despojos humanos que crujían entre las mandíbulas de animales carnívoros, cuando no eran pisoteados hasta la trituración por patas de bestias estelares de enorme volumen y poderío.

Alguno de los luchadores, en un alarde de coraje y furia, habían logrado herir a su enemigo, pero sólo a costa del propio sacrifico final. Incluso un unicornio feroz de Ungar y una rata gigante de los asteroides de

Austral, habían caído fulminados por las armas primarias de los gladiadores esclavos, empuñadas con férrea energía e indómito valor por los desnudos luchadores. Pero, finalmente, los vencedores de tan desigual batalla, terminaban por morir ante el embate de otra de las fieras sueltas por la arena.

Al lado de Zoltek, Alura seguía siendo un perfecto enigma. Sentada en el trono correspondiente, envuelto su rostro por un denso velo azul, su rostro no era visible para nadie. Sus manos, apoyadas en los brazos del sillón lujoso, montado en oro y piedras preciosas y tapizado con las mejores sedas de los mundos orientales de donde procedía Zoltek, no acusaban emoción alguna cuando la sangre corría generosa en la arena y los hombres eran descabezados en brutal combate. Era como si Atura, de quien se cantaban hermosuras irreales y divinas, careciese de alma y de sentimientos para conmoverse ante tanto sacrificio estéril y doloroso.

—Es una fiera como él —juzgó con voz ronca Karr Vulkan, que aguardaba su tumo de entrar en liza, junto a sus inseparables camaradas Ingar y Skrog, en un patio interior del Coliseo—. No tiene sentimientos. Goza, sin duda, con esta matanza criminal...

—¿Qué podía esperarse de una mujer que uniera su vida a un ser como Zoltek? —sentenció amargamente Skrog—. Por hermosa que sea tras ese velo, Karr amigo, ha de tener la fealdad de alma de un monstruo, de una persona sin conciencia ni sensibilidad...

En esos momentos, sobre la arena, una gelatinosa

hidra de varias cabezas, importada a Zeus desde las temibles selvas de Anacord, lograba enroscar sus tentáculos en torno a cuatro gladiadores que luchaban con ella, y un chasquido colectivo y atroz marcó la aniquilación de todos ellos. Los cuerpos cayeron a la arena, con la columna vertebral destrozada, y allí la lengua y los colmillos voraces de unas ratas gigantes encontraron festín goloso en sus restos. Salpicaduras de sangre regaron la arena con un nuevo horror.

Un clarín anunció con doradas y agudas notas un cambio de escenario. Karr se puso rígido y clavó sus ojos en sus compañeros.

—Creo que es nuestra hora —dijo sordamente.

Asintieron ellos. En la pista, soldados de Zoltek, provistos de armaduras electrificadas para protegerse de todo ataque, procedieron a limpiar la arena en lo posible, y otros empujaron con armas que descargaban chispazos eléctricos, a las bestias vencedoras. Estas, ahítas de carne y triunfos, se retiraron, no sin oposición, a sus jaulas interiores.

—¿Qué nuevo horror darán suelta contra nosotros? —musitó Karr, mirando atrás, a tos cuarenta o cincuenta gladiadores que, con ellos, formarían el nuevo pelotón destinado a regar de sangre el anillo y complacer al cruel público encabezado por Zoltek y su misteriosa prometida.

Se alzó la pesada verja de acceso a la arena. Fueron empujados por los soldados electrificados. Las pulseras de acero oprimieron ligeramente sus muñecas y tobillos, para recordarles su obligación de avanzar hacia el centro del anillo circense.

Karr pisó la arena mojada, caliente, con hedor a sangre derramada, y sintió un escalofrío. Pero sus ojos duros, helados, no revelaron sentimiento alguno de temor. Miró con altivez al trono de Zoltek.

Avanzó decidido, a la cabeza del grupo. El destello de la luz de ambos soles, hizo brillar la grasa y sudor que embadurnaba su cuerpo desnudo, su poderosa y armónica musculatura. Creyó captar la mirada verde y siniestra de los oblicuos ojos de Zoltek, fija por un momento en él. Pero tan dudoso honor no se confirmó. Ahora, el poderoso corsario del espacio hacía una señal con su brazo en alto. Chirriaron las puertas de una determinada jaula.

Y salieron dos monstruos temibles a la arena. No pisaron el suelo. Volaban, planeando con sus anchas alas desplegadas, membranosas y oscuras, como las de una gigantesca aeronave viviente, de color oscuro y tétrico.

¡Pterodáctilos asesinos de un ámbito convulso, como era él del planeta Necros, mundo de muertos y de oscuros horrores!

Enormes aves de la Prehistoria de otros mundos, que en Necros eran amos y señores de sus siniestras tierras oscuras. Astutos, feroces, poderosos... y asesinos sin piedad de cualquier clase de enemigo.

Por si ese adversario fuera poco, por otra jaula asomaban ofidios abundantes, una masa de gruesas culebras negras, capaces de emponzoñar la sangre de un ser viviente con un leve mordisco, o de triturar las vértebras de toda criatura entre sus poderosos anillos.

--Nos han reservado un plato fuerte, ¿eh, amigo?

—comentó Skrog con dureza.

—Pocas esperanzas hay con esos monstruos. Pero vamos a intentarlo —murmuró fieramente Karr—. Y recordad lo que dijo el camarero: en estas argollas nuestras, puede estar la clave de la lucha, por la razón que sea...

Contempló al pterodáctilo que se dirigía en vuelo recto hacia él, haciendo aletear sus membranas negras y emitiendo un chillido escalofriante a través de su largo y dentado pico. Los malignos ojillos redondos, brillaban como carbones.

Esperó a pie firme la llegada del monstruo alado. Sostenía entre sus manos una pesada y arcaica hoja de acero, un espadón con el que defenderse de tan feroces enemigos. Los demás gladiadores ya estaban en lucha con el otro pterodáctilo y con la nube de mortíferas serpientes que reptaban por la arena, entre los enardecidos chillidos de placer de la multitud. Cuando Karr alzó su espadón y soltó un tajo formidable en el aire, ya se oían alaridos de dolor infinito, proferidos por las gargantas de compañeros suyos de lucha. La masa de nuevos gladiadores comenzaba a sufrir sus primeras bajas...

Karr vio venir hacia él aquella ave asesina, dispuesta a atravesarle con su pico. Saltó de costado y lanzó dos mandobles con su espadón. Su propio éxito le asombró.

Fue tan certero el golpe, que una de las alas extendidas del pterodáctilo se desprendió de cuajo, obligando a su dueño a emitir un aullido de rabia y dolor. El ave perdió equilibrio, golpeándose contra

uno de los muros de separación del público, donde hubo un chisporroteo violento. Aquellas paredes protegían a los espectadores con tendidos eléctricos de alto voltaje. El pterodáctilo, aturdido y sin un ala, voló torpemente, buscando con ojos malignos al adversario que había sido capaz de mutilarle. Karr esperaba a pie irme en medio del anillo. Dos reptiles gigantescos saltaron hacia él.

Les descabezó con un golpe circular de su formidable espada, sujeta por dos brazos de acero.

El pterodáctilo, luchando a la desesperada, ya estaba encima de él, proyectando su negra sombra encima del joven gladiador. Karr evitó de nuevo su temible pico, que horadó el vacío, entre gritos decepcionados de la multitud. El joven rodó por la arena, mojándose de sangre, para evitar otro acoso del ave prehistórica, a la que de inmediato, en fulminante réplica, aplicó un mandoble seco y violento.

Lanzó Karr un alarido de triunfo cuando el cuello de la siniestra ave quedó segado limpiamente, y la fea cabeza del monstruo voló por los aires, chorreando sangre. Con un sordo aleteo de su única ala, el cuerpo del animal capotó, cayendo a tierra, donde se agitó en espasmos, antes de quedar inmóvil.

Zoltek, sin poder evitarlo, se inclinó hacia delante en su asiento, sorprendido por la fulgurante victoria del luchador. A su lado, la velada Alura seguía siendo totalmente inescrutable, sin reflejar emoción alguna con su cuerpo o sus manos.

Karr se volvió. Ya era tiempo. Al menos una docena de reptiles le rodeaban. Skrog luchaba

titánicamente con otras varias, y el velludo Ingar se las tenía con otro pterodáctilo, mientras de una nueva jaula, feroces animales de otro planeta saltaban a la arena, para lidiar contra los supervivientes del grupo, que no eran ya más de la mitad del centenar recién aparecido en el anillo del Coliseo.

Estos últimos enemigos de otra fauna ignota y temible, eran nada menos que enormes arañas doradas, alargadas como escorpiones y no menos ponzoñosas que éstos. Cada una de aquellas arañas, de las tierras inhóspitas del planeta Baalek, eran del tamaño doble de un ser humano, y su caparazón color amarillo oro, translúcida y tersa, producía una sensación inevitable de honda repugnancia. Sus patas destilaban una viscosa materia que iba dejando un reguero pegajoso en la arena. Succionaron sangre de los gladiadores muertos, devoraron en unos instantes el pterodáctilo mutilado, y fueron directamente sobre los aterrorizados luchadores, mientras nuevos clamores de entusiasmo sacudían al público hacinado en sus asientos.

Pronto los luchadores esclavos se vieron acosados y abatidos en gran número por aquellos arácnidos feroces, cuyo número iba en aumento. Karr comprendió que no había salida posible a aquella situación. Morirían todos en la arena, de modo irremisible, a menos que hubiera un auténtico milagro, en el que le era difícil creer.

Skrog y el zoónido Ingar, seguían su feroz enfrentamiento con los reptiles con bastante éxito, aunque acorralados en un punto del anillo, pero las

arañas doradas se les venían encima. Y ellos estaban demasiado cansados para enfrentarse con la menor posibilidad de victoria a tan nutrido número de feroces adversarios.

—Esto toca a su fin, amigo —oyó decir a Skrog, desesperado en su pugna contra los reptiles, que caían descabezados en torno suyo.

—Veremos aún —jadeó Karr, con un destello de cólera en sus ojos—. ¡Hay que seguir luchando, no os deis por vencidos!

Y dio ejemplo, lanzándose de forma inesperada sobre un grupo de arañas gigantes, antes de que fueran ellas las que le atacaran a él.

Los arácnidos se revolvieron, sorprendidos, dejando de devorar restos humanos, para enfrentarse a Karr, cuyo mandoble sangrante cayó implacable encima de todos los monstruos reptantes. Pedazos de araña amarilla volaron por los aires, con un hediondo derramamiento de su líquido interior, color verdoso. En un instante pulverizó lleno de rabia homicida, a más de una docena de los repugnantes seres.

Otros dos intentaron tenderle una de sus telarañas, viscosa materia que, una vez materializada sobre alguien, le lograba paralizar entre sus hilachas sutiles e indestructibles. Saltó ágilmente sobre la tela pegajosa, eludiéndola, y masacrando a golpes de acero a los dos arácnidos agresivos.

En ese preciso instante, uno de los monstruos cayó pesadamente sobre su hoja de acero, envolviéndola en su tela. Docenas de arañas corrieron a enlazar con aquella tela como enloquecidas, y un tirón violento…

arrancó la espada de manos de Karr Vulkan.

Este, inerme, con sus manos desnudas tan sólo, se encontró ahora rodeado por los reptiles supervivientes y por la nube de arañas doradas que se le venía encima...

4

Era el momento supremo que había temido. Ahora, ni siquiera podía luchar. Skrog y el zoónido estaban demasiado lejos de él en la amplia arena como para poder ayudarle. Y sólo una media docena más de gladiadores quedaban con vida tras el enfrentamiento con las bestias feroces del Coliseo.

Karr recordó borrosamente, en ese momento, lo que dijera el camarero de la astronave con destino al planeta Zeus. Las anillas podían ser la salvación...

Adelantó su brazo derecho inerme, donde brillaba el acero anillado del gusano guardián enroscado a su muñeca. Ignoraba cómo utilizar a aquel enemigo inanimado contra sus nuevos enemigos, pero iba a intentarlo, fuese como fuese, antes de morir.

Y como precisamente, nada le importaba ya, ni siquiera el dolor físico o la propia muerte, forcejeó con rabia suprema, hincando sus dedos en la carne, para arrancarse aquella pulsera odiosa.

Sintió dolorosos, terribles calambres en todo su cuerpo, cuando las dos pulseras le transmitieron su poderosa descarga eléctrica. Pero no se quejó siquiera. Con gesto crispado, siguió forcejeando con la pulsera

de su brazo, mientras los monstruos se le venían encima.

Y con un último y lacerante trallazo de alta tensión, que le arrojó de espaldas en la arena, sacudido por un dolor infinito, Karr logró arrancarse la pulsera de su muñeca… y arrojarla contra los feroces seres que le atacaban…

Sucedió algo asombroso. Cuando la pulsera voló por los aires, agitándose como si realmente estuviera dotada de vida, emitió cegadores destellos, y apenas tocó el suelo de arena, una tremenda explosión levantó por los aires los cuerpos sin vida, los miembros mutilados, las propias arañas y reptiles, desgajados, en medio de oleadas de arena removida. La gente chilló en sus asientos, aterrorizada por aquel inesperado estallido.

La otra anilla del tobillo de Karr se desprendió sola, como si hubiese perdido toda su fuerza al carecer de la que se enroscaba en la muñeca del esclavo, y chisporroteó en el suelo. Karr la soltó un duro puntapié, la pulsera voló por los aires, y fue a caer junto a la otra. En ese instante, una segunda y más terrible explosión lo conmovió todo. Evidentemente, la carga eléctrica interna, en sus dos polos, al contactar había causado una fulminante descarga que era capaz de reventar cuanto hallaba a su paso.

Skrog y el zoónido Ingar vieron todo aquello con asombro. Los reptiles y arañas huyeron, asustados, ante aquel caos de arena y llamas chisporroteantes en medio de la arena. Los propios espectadores, aterrorizados, escapaban de sus asientos, arrollándose

unos a otros en su afán por huir del Coliseo, cuyos muros de seguridad circundando la arena, también chisporroteaban ahora, víctimas del cortocircuito provocado por la explosión.

Ese cortocircuito se extendió a la materia electrónica, generadora de alto voltaje, encerrada en las orugas de metal de los demás gladiadores situados en la arena, y sus pulseras cayeron de sus brazos y piernas, como pequeños reptiles heridos de muerte.

—¡Libres! —clamó Skrog—. ¡Estamos libres al fin, Karr!

—Aún no —rugió éste—. Hay que salir de este Coliseo… ¡y sé cómo hacerlo!

Igual que un ágil simio, Karr saltó sobre el largo gallardete de Zoltek, que rozaba la arena, y lo escaló ágilmente, subiendo por la recia tela plástica donde aparecían los emblemas siniestros del mongol pirata, hasta alcanzar el mástil de acero, por el que se deslizó como si viajase encima de un raíl, aprovechando su inclinación, hasta el propio palco de honor ocupado por el todopoderoso Zoltek y su prometida.

El pirata le vio venir, asombrado, y llamó a su guardia, al tiempo que él mismo desenfundaba su arma, para defenderse del audaz agresor.

Pero Karr no pensaba atacar al corsario del espacio. Por el contrario, saltó sobre la mujer cubierta por el velo, con un alarido feroz, y la rodeó con sus musculosos brazos manchados de sangre y con la piel chamuscada por las explosiones en la arena.

—¡Mía! —bramó Karr, triunfalmente, escudándose en la desconocida Alura—. ¡Es mía, Zoltek! ¡Intenta

algo, y ella será la primera en morir!

—¡Quietos! —rugió el pirata, palideciendo su rostro amarillo, bajo el pelado cráneo mongólico—. ¡Quietos todos, no ataquéis! ¡Suelta a esa mujer, esclavo, o tu suerte será mil veces peor de cuanto puedas imaginar!

—Arrebátamela tú, si puedes, Zoltek —replicó Karr, rabioso pero triunfal—. Es mía ahora. Puedo matarla o situarla delante para que la matéis vosotros mismos... Si amas a la que iba a ser tu mujer hoy, no intentes nada. Ordena que arrojen todos sus armas y nos abran paso. Nos vamos de este Coliseo ahora. Y de Zeus.

—¿Qué dices? —silabeó el corsario—. ¡No toleraré eso!

—¿Prefieres verla morir a cambio de nuestras vidas? —rió Vulkan, agresivo.

—No, eso no...

—Entonces, obedeced y pronto. Nos vamos de aquí. Mis amigos y yo. Disponed una nave sin tripulantes, con víveres y todo cuanto necesitamos. Nos iremos de Zeus. Y te prometo devolverte a tu prometida en cuanto estemos a salvo de tu gente, Zoltek. Es un trato más generoso de lo que merece un sanguinario tirano como tú...

—Maldito seas, esclavo. Sea lo que pides. Obedecedle en todo, soldados. Erik, haz que lo dispongan todo como él dice. Que nadie intente hacerle daño o podría causar la muerte de Alura, y quien eso hiciera sufriría tortura hasta el fin de sus días.

—Sí, mi señor —afirmó obediente, Erik Vaa, su lugarteniente—. No dañes a esa mujer, esclavo. Te daremos cuanto exiges.

—No la dañaré mientras no intentéis engañarme —avisó Karr—. Ella responde de vuestra actitud, recordadlo bien. ¡Skorg, Ingar! ¡Vamos todos, seguidme! Y vosotros todos, esclavos aún supervivientes, uníos a nosotros. Somos libres ahora. Y vamos a luchar por esa libertad, cueste lo que cueste.

Tomó algunas de las armas de los soldados que dejaban caer las suyas a una orden de Vaal. Los demás esclavos le imitaron. El público, sobrecogido, seguía huyendo, y algunos presenciaban aquella dramática escena llenos de estupor.

Karr sostenía contra sí, pegada a su cuerpo, protegiéndose con ella, a la figura femenina, esbelta y frágil, con el rostro todavía cubierto por el velo. Retrocedió lentamente, camino de la salida del Coliseo, protegidas sus espaldas por los restantes esclavos liberados. En los patios, otros muchos estaban ya tomando las armas de sus guardianes, para unirse a la tropa capitaneada por Karr Vulkan.

—Tendréis una nave rápida y amplia, para que todos podáis viajar en ella —dijo Erik Vaal, mirando con odio infinito a Karr—. Pero esta afrenta nunca la perdonará mi señor Zoltek, el Amarillo. Os perseguirá hasta el límite del Universo, se vengará de esto con creces algún día. Temblad cuando caigáis de nuevo en su poder, esclavos.

—Ahora, sólo él debe temblar, por la vida de su amada

Alura —dijo con sorna Karr—. El resto, es problema nuestro, Erik. Que todo esté dispuesto en el astropuerto lo antes posible. Si veo una irregularidad, una demora injustificada, ella lo pagará con su vida.

—No, no, espera —se alarmó Erik—. Si algo le ocurre a Alura, yo pagarla con mi vida, también. No cometas locuras, esclavo. Llévala de rehén, pero no la causes daño. ¿Cuándo vas a devolverla?

—La dejaré en un asteroide de mi camino, cuando estemos lejos de vosotros, con alimentos y medios de sobrevivir. Os enviaré un mensaje citando la zona celeste y el número de asteroide elegido para depositar a la novia de Zoltek. Eso es todo.

—Muy bien —aprobó Vaal, mirando la lívida faz convulsa de su jefe supremo—. Vamos ya, esclavo. El astropuerto está cerca del Coliseo, como recordaréis por vuestra llegada. Seguidme. Nadie va a intentar atacaros ni remotamente. Una orden de Zoltek es ley inquebrantable para todos nosotros…

Se inició la comitiva hacia el astropuerto de Zeus, donde ya varios operarios habían sido advertidos y ultimaban los detalles de una nave de gran tonelaje y forma oval, dispuesta para el despegue. Sobre su fuselaje brillaba, siniestra, la roja calavera del emblema del pirata espacial. Karr la miró con disgusto.

—Recordad que Alura viajará a bordo de esa nave —avisó—. Cualquier fallo en los sistemas de a bordo, cualquier error en la carga, que será minuciosamente revisada por nosotros, implicaría el fin del pacto, y la muerte cierta para el rehén.

—Nada temas. Podéis revisar todo minuciosamente. Está en orden. Zoltek no arriesgará por nada la vida de su prometida, tenedlo por cierto. Mientras ella sea vuestro rehén, nada va a sucedemos. ¿Puedes decirme cuál es tu nombre, esclavo?

—Karr Vulkan. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque mi jefe querrá conocerlo —sonrió glacialmente

Erik Vaal-—. Te aseguro, Karr Vulkan, que él jamás olvidará ese nombre3 ni yo tampoco. Un día nos veremos de nuevo frente a frente, y entonces no tendrás tanta fortuna como ahora, maldito esclavo.

—Veremos, Vaal, veremos —sonrió con fiereza Karr.

Subieron a la nave, llevando siempre consigo a Alora, que se mantenía silenciosa y dócil entre los musculosos brazos de su captor. Hasta ese momento, ni el más leve gemido habla partido de sus labios, ocultos aún por el denso velo. Las manos rudas de Karr, apretando su cintura y senos, no habían captado tampoco ni el más leve estremecimiento en aquel mórbido cuerpo de mujer que palpitaba bajo su presión.

Cuando el último de los esclavos liberados estuvo a bordo, las puertas metálicas de la nave púrpura de Zoltek comenzaron a cerrarse lentamente. Erik Vaal se despidió ominoso, desde el terso suelo del astropuerto de Zeus:

—Recuerda bien, Karr Vulkan: acabas de firmar tu sentencia de muerte definitiva. Nadie vive, tras enfrentarse a Zoltek, el Amarillo.

—De no ser por Alura, yo estaría ahora muerto en el circo, Vaal —le replicó Karr—. Mi vida, por tanto, vale ya poco. Es más digno para un hombre morir luchando a hacerlo como un esclavo. Y veremos, si llega ese día, quién vence a quién…

La puerta se ajustó totalmente. Los demás esclavos, dispersos por la nave, vigilaban y controlaban las instalaciones, provisiones y cuanto era susceptible de revisión para no sufrir sorpresas desagradables una vez en el espacio.

—Karr, todo está bien a bordo —informó Skrog, convertido en lugarteniente espontáneo del joven héroe—. Lo hemos comprobado en sus más mínimos detalles.

—Entonces, podemos despegar —dispuso Vulkan —. Skrog, prepara todo para iniciar el vuelo… Tú, Ingar, serás el encargado de los servicios de a bordo. Absolutamente todo, desde provisiones a energía, pasando por medicamentos, aire acondicionado y gravitación, dependerán de ti. Skrog será el piloto y segundo de abordo, y yo el comandante de vuelo. ¿Alguna objeción, amigos?

—Cielos, ninguna, Karr —sonrió el hombre-lagarto, haciendo chascar su lengua bífida—. ¿Y tú, Ingar?

—En absoluto —rió jovialmente el hombre velludo —. A tus órdenes siempre, Karr. Eres nuestro líder y caudillo. Gracias a ti somos libres de nuevo, ¿no, muchachos?

—¡Sí, sí! —hubo un clamor a bordo, procedente de las gargantas de cien hombres milagrosamente

supervivientes del Coliseo—. ¡Viva Karr Vulkan, nuestro libertador!

Los vivas atronaron el aire de la amplia nave espacial. Los motores de ésta entraron en funcionamiento. Despegaron de Zeus en medio de una cegadora llamarada, proyectándose al negro vacío estrellado.

Desde el astropuerto, Zoltek, el Amarillo, y su lugarteniente, Erik Vaal, asistieron al despegue con rostro lívido y crispado.

—¡Les destruiré a todos! —bramó el pirata, estrujando con ira sus puños—. ¡Juro que ese Karr Vulkan y todos sus compinches morirán lenta y dolorosamente, en cuanto Alura sea liberada!

* * *

La enorme nave púrpura hendía el vacío estelar a creciente velocidad. Zeus y sus dos soles habían quedado ya atrás, muy lejos en el espacio. Dentro de la nave, todo era actividad. Los esclavos liberados no holgazaneaban, ahora que habían recuperado su albedrío. Unos atendían las máquinas, otros los servicios de a bordo, los más inspeccionaban las armas de a bordo y la munición, disponiendo todo en una alerta continua, para prevenir cualquier inesperado ataque de los piratas cósmicos.

Ingar, convertido en su jefe, daba las órdenes oportunas y distribuía el trabajo, que gustosamente cumplían todos de forma ordenada y correcta. Skrog se ocupaba de los controles y ruta de la nave, y Karr

Vulkan, erigido en comandante de a bordo, permanecía sentado ante los ordenadores de vuelo y pantallas visoras, controlando a su vez todo el complejo mecanismo de una nave de aquella magnitud.

—Veo que tomamos un rumbo distinto al que imaginaba —señaló Skrog en cierto momento, tras revisar las coordenadas de ruta en la pantalla luminosa —, ¿Adonde nos dirigimos exactamente, Karr?

—A un lugar donde tengo una cuenta pendiente con alguien —sonrió el joven, con aire pensativo—. Será una sorpresa para ese alguien, sin duda. Y recibirá el merecido castigo…

—¿La mujer que te traicionó, entregándote a los esbirros de Zoltek?

—Si, la misma.

—¿Piensas matarla?

—No. No soy un asesino. Y menos de mujeres, por viles que sean. Tengo pensado para ella un castigo. Será el peor que pueda recibir, no hay duda. Nos detendremos en el astropuerto de Espaciópolis unos minutos nada más. Los justos para saldar mi deuda, Skrog. Luego nos dirigiremos al Cuadrante Gamma-11, Núcleo 101.

—¡ Al Núcleo 101! —se extrañó Skrog, moviendo exaltadamente su lengua bífida—. Es una zona desconocida del espacio… Se hablan cosas extrañas de ella…

—Habladurías, supongo, puesto que tú mismo dices que es una zona desconocida —sonrió Karr, risueño.

—Yo no me fiaría. Nadie de cuantos se aventuraron en ese Cuadrante volvieron jamás. Y se dice que ciertos mensajes recibidos de aquel sector cósmico, antes de desaparecer los navegantes, parecían encerrar un siniestro significado que nadie entendió…

—Precisamente por su mala fama, es un lugar seguro al que no se arriesgan las naves comerciales, y menos aún las naves piratas de Zoltek. Permaneceremos allí un tiempo, hasta reorganizamos y poder tener alguna esperanza si un día nos enfrentamos de nuevo a ese pirata.

—Tu mundo de origen es también un lugar seguro… —sugirió Skrog.

—Sí, lo sé. Allí la Federación Galáctica no permite piraterías. Pero para llegar a él hay que cruzar regiones infestadas por gentes leales a Zoltek y que no se preocuparían demasiado de la vida de Alura, nuestro rehén, puesto que son simples cazadores de bestias estelares, mercenarios guerreros o rufianes sin conciencia que viven de la rapiña. Ahí, de nada nos servirla tener un rehén, porque les importaría poco su suerte. En cambio, desde el cuadrante Gamma-11, podemos seguir otras coordenadas para eludir las zonas peligrosas y regresar igualmente a mi planeta.

—Sí, en eso tienes razón —aceptó Skrog, tras comprobar mediante un rápido cálculo en el ordenador de Karr que estaba en lo cierto—. Eres un experto astronauta.

—Fue lo primero que aprendí en mi vida, antes de buscar fortuna en las minas de minerales preciosos —sonrió Karr—. Mi padre fue astronauta y me enseñó su

profesión desde niño. Pero nunca me sedujo la idea de pasarme tres cuartas partes de mi vida viajando por el espacio. Esta es una existencia muy aburrida y monótona.

—Es cierto —Skrog meditó, mientras la nave volaba majestuosamente en el inmenso vacío cósmico de la Galaxia. Tras una pausa, indagó con suavidad—: ¿Qué piensas hacer ahora con la prisionera?

—¿Con Alura? —Karr enarcó las cejas—. Ante todo, saber quién es, y cómo es, realmente. Después, supongo que tratarla como una dama, con todo respeto, hasta que sea devuelta a Zoltek,

—Es una mujer extraña. Mi siquiera ha reaccionado al ser secuestrada...

—SI, lo es —admitió Karr, pensativo, poniéndose en pie lentamente—. Voy a verla ahora en su prisión. Ardo en curiosidad por conocer su auténtico rostro... y por saber qué clase de mujer es, para no estremecerse ante tanta crueldad y horror como presenció en aquel maldito circo...

Skrog afirmó con la cabeza, mientras Karr se encaminaba desde el puente de mando hacia la cabina habilitada como encierro de Alura durante aquel viaje. Golpeó suavemente con los nudillos en la puerta metálica. No recibió respuesta. Llamó de nuevo, y luego abrió la puerta aplicándole la llave magnética. Entró en la cámara.

Alura permanecía tendida en la litera, tal como él la dejara, con su rostro cubierto por el velo, los brazos extendidos, inmóvil, como dormida. El velo se agitaba ligeramente con su respiración. Su seno se movía

lentamente, con el impulso de su aliento.

—Perdona mi intromisión, Alura —dijo Karr, respetuoso—. ¿Puedo hablar contigo ahora?

Ella permaneció quieta, callada. Como si no le oyera. Pero Karr estaba seguro de que ella no dormía. Casi podía percibir la mirada de ella, fija en él a través del velo impenetrable que envolvía la que todos consideraban su radiante belleza.

Avanzó unos pasos. Se detuvo junto a la litera.

—Voy a ver tu rostro, Alura —dijo—. Levantaré ahora tu velo si no lo haces tu.

Igual silencio por respuesta. Igual inmovilidad de la misteriosa dama. Karr respiró hondo y se decidió. Inclinóse sobre ella resueltamente.

Y levantó el espeso velo con un suave pero firme movimiento de su mano.

El rostro de Alura quedó al fin a la vista. Karr lo contempló en silencio.

5

Decían que era hermosa. Algunos habían afirmado que su belleza podía nublar la del más radiante sol de la Galaxia.

Ahora, Karr Vulkan tenía la respuesta. Podía dar su propia respuesta, su criterio personal al respecto. Y éste no podía ser sino uno: todos los comentarios, todas las afirmaciones eran pálidas ante la realidad.

Alura era la más deslumbrante, fantástica y bella criatura jamás vista en toda su existencia. Casi resultaba irreal, de puro maravillosa y seductora. Se podía decir de Alura, sin faltar a la verdad, que era la

hermosura misma, hecha realidad, hecha criatura viviente.

—Dios mío... —jadeó, realmente deslumbrado—. Eres bellísima... increíblemente perfecta... Como una diosa, no como un ser humano y mortal, criatura...

Alura le escuchó sin emoción alguna en su rostro de filigrana hermosísima. Bajo los cabellos áureos, deslumbrantes de brillo y sedosidad, su tez era suave, rosada, de nacaradas mejillas y boca de un rojo vivo y palpitante. Los ojos, rasgados y exóticos, eran de profundo tono entre azul y plata, realmente increíble. Pestañas y cejas de áureo brillo, epidermis suave y alabastrina, facciones dulces y delicadas, cuerpo de formas virginales y suaves, mezcla de alada gracia y sutil encanto físico.

Nunca, nunca, Karr había visto ante él a una mujer semejante. A su lado, incluso su novia lejana, ?ara, era un pálido reflejo de belleza femenina. El joven héroe se sintió deslumbrado, fascinado, cegado realmente por aquella obra maestra de la Madre Naturaleza. Los dioses todos del Universo parecían haber vertido sobre una sola criatura, todos los dones y gracias existentes en su mágico y remoto Olimpo, jamás alcanzado por ser mortal alguno.

Pero el misterio seguía en pie. Alura parecía solamente una bellísima muñeca, un ser inanimado y en trance, tendida sobre aquella litera, reposando con aparente indiferencia hacia todo lo que la rodeaba, incluida su propia suerte a manos de sus captores.

—¿Qué te ocurre, Alura? —quiso saber Karr—. ¿Por qué esa actitud ante tu suerte? ¿Qué te sucede,

para no reaccionar ante nada de lo que te sucede? ¿Eres realmente humana, o sólo una perfecta muñeca artificial, creada para fascinar a los hombres?

Ella no respondió. Permanecía como antes. Igual que si cuanto la rodeaba careciese de sentido para ella. Karr vaciló. Luego, se aproximó a ella. La examinó de cerca. Pasó su mano ante los ojos fantásticos de la muchacha. Ella, ni pestañeó una sola vez.

Ahora, Karr creía tener clara la respuesta. Lanzó una imprecación entre dientes.

—Creo que lo entiendo —murmuró—. No siente, no se entera de nada... ¡Está en trance!

Alucinado por su descubrimiento, puso su mano sobre los labios de ella. Después, sobre su seno izquierdo. Sintió las palpitaciones de su corazón a través de la turgencia dura y firme de su pecho. Ella continuó ajena a todo. No protestaba, no se resistía, no parecía sentir nada de nada.

Karr se volvió. Llamó con voz potente por un intercomunicador de la nave:

—¡Ingar, ven pronto! Te necesito.

El zoónido apareció momentos más tarde en la cámara. Miró interrogante a su camarada y amigo. Los ojillos de plantígrado reflejaron inteligencia al clavarse en la yacente y hermosísima criatura llamada Alura.

—¿Me necesitas para algo, Karr? —preguntó el hombre- oso.

—Sí. Trae un botiquín. Creo que esta mujer está en trance hipnótico o cosa parecida. ¿Crees que si es así podríamos devolverla a la normalidad?

—No sé. Depende de la técnica que haya empleado

con ella Zoltek.

—Aun así, debemos intentarlo. Trae el botiquín, por favor.

Ingar asintió, regresando con un equipo médico de urgencia de los que existían a bordo para casos de necesidad. Con él venía uno de los esclavos liberados por Karr.

—Soy Ur, ¿me recuerdas? —dijo el gigantesco ser de enorme musculatura que escoltaba a Ingar—. Era gladiador en el Coliseo de Zeus…

—Te recuerdo muy bien —asintió Karr—. ¿Eres médico, acaso?

—No exactamente. Pero trabajé de ayudante con un físico. Sé bastante de drogas, alucinógenos e hipnóticos. Puede que ella esté sometida a algo así.

—Puede, Ur. Examinadla. Lo cierto es que no reacciona a cuanto la rodea. Ahora entiendo su pasivo papel en el Coliseo, presenciando aquel sangriento espectáculo. No se enteraba de nada. Era como un juguete en manos de Zoltek.

Ur asintió. Ayudado por Ingar, procedió a examinar a Alura y la inyectó un estimulante psíquico. Luego, esperó resultados. Alura permaneció durante cierto tiempo inmóvil e insensible, como antes. Pero poco a poco, comenzó a agitarse en el lecho. De sus labios, por fin, escapó un leve gemido.

Karr Vulkan corrió a ella, para saber lo que sucedía. Ur se lo refirió con tono esperanzado y animoso:

—Lo que me imaginaba: una droga narcótica muy poderosa. La convertían en una persona desprovista de

iniciativa y voluntad. Como un autómata. Está reaccionando.

—¿Se recuperará totalmente?

—Eso espero. Sin embargo, hará falte más de una sesión. Creo que es el tratamiento adecuado, pero prolongado durante unas jomadas. Hacerla volver bruscamente de su sueño hipnótico, seria incluso peligroso para su salud mental, Karr,

—En ese caso, actuad con prudencia. No hay prisa. Lo que importa es mantenerla con vida. Y que reaccione positivamente, sin complicaciones. Recordad que su vida es lo más valioso que tenemos ahora a nuestro favor. Sin ella como rehén, tardaríamos muy poco en ser acosados y aniquilados por las escuadrillas piratas de Zoltek.

—No tienes que recordármelo —suspiró Ur, afirmando con la cabeza—. Deja que me ocupe de ella. Creo que el caso no ofrece más problemas ni dificultades de ningún género, especialmente obrando con prudencia, como tú dices.

—En ti confío, Ur —suspiró Karr, apoyando una mano enérgica en el hombro del hercúleo gladiador liberado.

—No temas —sonrió el gigante, mirándole con profundo afecto—. Te debo demasiado para fallarte, amigo mío. Ur será siempre tu amigo, tu camarada y tu esclavo.

—Esclavo, no. Nunca —rechazó vivamente Vulkan —. Ahora somos libres, recuerda. Totalmente dueños de nuestra persona y de nuestra voluntad.

—Permíteme, cuando menos, que sea esclavo de tu

amistad —dijo Ur con sencillez.

—Eso, sí. Es una esclavitud que nos une a todos, amigo Ur —sonrió Karr, apretando con calor aquel hombro poderoso—. Hasta luego.

Salió de la cámara. Aún no era momento de hablar con Alura, la hermosa y extraña novia de Zoltek, sometida a la acción de una misteriosa droga hipnótica que la convertía en una simple marioneta en manos de quien la poseyera.

Pero solamente veinticuatro horas más tarde, según el tiempo convencional a bordo de la nave púrpura, Ur apareció en el puente de mando de la misma y anunció con voz satisfecha a Karr:

—Cuando quieras, puedes ver a Alura y hablar con ella. El tratamiento ha terminado. Está esperándote en su cámara

* * *

—Alura.., —¿Sí?

Los ojos, entre azules y plateados, de la hermosa muchacha, se clavaron en él con rara fijeza. Karr sintió un indefinible temblor a! sentir aquella mirada en él. El suave, dulce rostro femenino, era una pálida máscara de aturdimiento y perplejidad.

—Alura, mi nombre es Karr. Karr Vulkan. Tú no me conoces de nada, pero…

—Creo conocerte. Ur me ha hablado de ti. Me refirió lo sucedido en Zeus. No recuerdo mucho de allí. Pero mi memoria evoca tu imagen. Me apartaste de otro hombre odioso. Me llevaste contigo, eso lo

recuerdo.

—¿Odioso? No, Alura. Debo serte sincero. Te robé de manos de tu propio novio, el hombre que iba a ser tu esposo: Zoltek, el Amarillo.

—Zoltek… —tembló ella, palideciendo más aún—. Le odio…

—¿Le odias? Ibas a ser su esposa…

—A viva fuerza. Por eso estaba reducida con sus drogas. Sometida a su voluntad.

—¿Quieres decir que tú… tú no deseabas ser la esposa de Zoltek?

—Antes hubiera deseado morir mil veces —tembló ella.

—¿Ni asistías a los Juegos del Coliseo de Zeus consciente de lo que veían tus ojos?

—Eso nunca. Sé la clase de Juegos que organiza un ser como Zoltek. Yo era sólo un autómata en sus manos, ¿no lo entiendes? No sé nada; no recuerdo nada…

—¿Por qué te drogó?

—Para hacerme suya. Para convertirme en su esposa.

—¿Tanto te deseaba?

—Más que a nada en el mundo. El mató a mi padre y a mis amigos. Los asesinó a todos y me hizo su prisionera. Puso su sucio mundo a mis pies. Le rechacé. Entonces pensó en drogarme, en hacerme suya a su modo…

—Ahora lo entiendo, Alura. De modo que no te secuestré, en realidad. Lo que hice fue liberarte.

—Así es. En tus manos, Karr, me siento libre. Sé lo

que hiciste en Zeus.

—Pero tú... Tú eres mi rehén, simplemente. Pacté algo con Zoltek: te tengo que devolver a él, cuando esté fuera de su alcance.

—¡No, por el amor de Dios, no lo hagas! —sollozó ella, desgarradora, aferrándole ambas manos con patetismo—. No, Karr, eso nunca... No puedes entregarme de nuevo en sus maños... Sería como condenarme a una suerte mil veces peor que la muerte...

—Pero yo no podía imaginar estas circunstancias. Di mi palabra, Alura...

—Tu palabra no tienes por qué cumplirla. Zoltek es un pirata y un asesino. El nunca cumple sus promesas. Cuando me liberases, iría en pos tuyo hasta el fin del Cosmos.

—Lo sé. Y si te llevo conmigo... ¿qué hará?

—Lo mismo. Pero con mayor rabia si cabe. No tolerará imaginarme liberada de sus malditas drogas, dueña de mi voluntad, unida a vosotros como una persona más...

—Alura, me pones en un dilema terrible. Por un lado, debo faltar a mi promesa, por el otro no puedo entregarte a ese monstruo, sería indigno y cruel... Además, eres la única mujer a bordo. Aquí viajan cien ejemplares de machos de diversas razas... Eso puede crear problemas, tensiones...

—Lo entiendo todo muy bien —los ojos de ella se fijaban implorantes en los suyos—. Pero llegar a ser la mujer de ese monstruo, pertenecerle... es demasiado horrible. No puedes condenarme a algo tan atroz. Es

preferible que empuñes un arma y termines piadosamente conmigo si te soy un estorbo para tus planes, Karr.

—No digas esas cosas, Alura —rechazó Karr amargamente—. No volverás a sus garras, eso te lo prometo desde ahora mismo.

—Oh, Karr, ¿es eso cierto? —el llanto se cuajó en los ojos de la hermosa joven.

—Tienes mi palabra. No faltaré a ella por nada del mundo. Desde este mismo momento estás bajo mi protección. Sólo si estoy muerto podrán volver a hacerte prisionera esos canallas. ¿Te basta, Alura?

—No sólo eso —musitó ella dulcemente, incorporándose con lentitud, llevando sus manos suavísimas, como volátiles mariposas blancas, hasta los hombros de él—. Te estaré eternamente reconocida, Karr, Gracias, amigo mío… Nunca olvidaré lo que haces por mí ahora…

E inesperadamente, sus labios carnosos, jugosos y rojos, se aplastaron contra los de Karr Vulkan, en un contacto fresco y ardiente a la vez, en un beso intenso y estremecedor, que conmovió todo su ser como una descarga de alta tensión.

* * *

El primer bofetón la lanzó contra el lecho violentamente.

Ella gritó, asustada, sintiendo el lacerante dolor en su mejilla. Trató de incorporarse y defenderse de su agresor, pero una nueva bofetada res talló contra su

cara, arrojándola otra vez en la cama. Sollozó, asustada, tratando de ver mejor en la penumbra dorada de su alcoba.

Una mano enérgica la aferró por los cabellos, alzándola en vilo por encima del lecho, como si fuese un simple pelele de liviano peso. Su cuerpo desnudo y turgente bailoteó, sujeto de tan salvaje manera por la recia mano varonil.

—Dios... me haces daño... ¿Quién eres, maldito? —sollozó ella, retorciéndose de dolor.

—¿No me recuerdas, Dania? —sonó la voz áspera y ruda, haciéndola estremecer con su impacto sonoro—. ¿Tan flaca de memoria eres con quien eliges para darle tus favores gratuitamente?

—No... no... —jadeó ella—. Eres... eres...

—Sí, soy Karr, maldita ramera traidora —masculló su visitante, arrojándola de nuevo contra la cama, que osciló, sobre sus burbujas de flotación, al recibir el cuerpo seductor de la mujer—. ¿Te sorprende mi presencia en Espaciópolis? ¿Me imaginabas aún muy lejos de aquí, sometido a la brutal tiranía de los esbirros de Zoltek, el Amarillo? Me vendiste a ellos, sucia prostituta miserable. Por eso no querías mi dinero, ¿verdad? ¿A qué obtener tan poco cuando podías venderme por precio más alto, encima de gozar de mi persona a tu antojo, haciéndote la amante apasionada y sin interés?

—Karr, cariño, yo te juro... —empezó ella, convulsa, tratando de zafarse de aquella mano férrea que estiraba de sus cabellos hasta hacerle sentir palpitaciones lacerantes en su cabeza.

—¡Calla y no jures en falso, harpía! —rugió Karr—. Por tu culpa pude haber vivido unos años de esclavitud hasta morir… o perecer en unos bárbaros juegos creados para masacrar esclavos en favor de la morbosidad popular de la gente de Zoltek… Tú eres la única responsable de eso. He hablado con muchos, esclavos como yo de aquel tiránico pirata, que fueron reclutados aquí, gracias a tus malas artes. Todos están deseando vengarse de ti y de tus infamias que les sentenciaron a vivir una pesadilla que hubiese durado toda una vida, de no ser por una afortunada circunstancia que les liberó del planeta Zeus. Pero no todos están libres. Muchos otros de los que tú traicionaste, entregándolos a esa leva miserable, purgan su error todavía en un lugar de pesadilla, del que nunca saldrán quizás con vida. Has de pagar por todos ellos. Por todos…

—Me das miedo, Karr… —gimió ella—. ¿Qué… qué pretendes? No puedes ser tan cobarde como para torturar y matar a una mujer… por mucho que la odies…

—No, claro. No soy capaz de llegar tan bajo como tú, miserable criatura —jadeó él—. Si te he pegado antes, ha sido para desahogar mi rabia, mi ira, mi odio y desprecio hacia ti sin causarte mayor daño. Ya soy dueño de mí y puedo proceder a darte el castigo merecido, víbora.

—¿Qué… qué castigo? —se aterrorizó ella, mirándole despavorida.

—¿No lo imaginas? —rió sordamente Karr—. Será el más adecuado para una mujer que vende su cuerpo

como tú. Podrás dar placer a los demás y recibirlo en abundancia… ¡Mi castigo consiste en embarcarte en mi nave, donde viajan cien hombres necesitados de hembra! ¡Y los cien serán amantes tuyos cuantas veces deseen! ¡Tú viajarás en la nave sólo para atender sus apetitos, para ser su concubina día a día!

—Oh, no, no… —sollozó ella, exasperada—. Por favor, Karr, por lo que más quieras… Eso no… Seria horrible… horrible…

—Oh, claro, claro. Ejercer por obligación, por exigencia, ser esclava de los hombres que te deseen, será horrible. Prefieres ser tú quien esclavice a los demás con tu belleza y tu hipocresía perversa. Esta vez todo cambiará. Serás nuestra prisionera, la meretriz de todos mis amigos y cama- radas a bordo de la nave fugitiva donde huimos de Zoltek y sus secuaces.

—No, por favor, no… —sollozó ella, desesperada.

Pero en ese momento, Karr la golpeó de nuevo con seca contundencia en el mentón, dejándola inconsciente. Y la cargó sobre su fornida espalda, llevándola consigo por la puerta oculta que una vez sirviera para sacarle a él de allí, reclutado a viva-fuerza por las legiones de esclavos de Zoltek, el Amarillo.

Su venganza sobre la traicionera Dania, acababa de cumplirse tal y como prometiera al verse cautivo de los piratas del espacio.

6

—Mensaje de Karr Vulkan, señor —dijo Erik Vaal

roncamente.

El mongólico amo y señor de los piratas cósmicos, alzó su pelado cráneo reluciente, con un gesto maligno en sus facciones oblicuas, de oriental nato. Su voz sonó dura y fría:

—Ya era hora… ¿se trata de la liberación de Alura?

—Me temo que no, señor —dijo cautamente Vaal, temiendo la airada reacción de su amo.

—¿Qué? —bramó con arrogancia y rabia el pirata —. ¿De qué habla entonces ese miserable esclavo?

—Habla de Alura, señor… pero no en el sentido que todos esperábamos.

—¡Bien! ¡Quiero conocer ese mensaje de inmediato! —bramó el pirata.

Asintió Vaal, dirigiéndose al grabador de videomensajes. Lo conectó. En la pantalla aparecieron una serie de líneas, que se materializaron poco después en una imagen nítida, la del odiado rostro de Karr Vulkan, perfectamente enmarcado por la pantalla reproductora. Zoltek lanzó una sorda imprecación de rabia, inclinándose sobre el aparato a la espera del sonido de la voz grabada. Esta no tardó en brotar del monitor:

—Te habla Karr, miserable bribón llamado Zoltek. Esperaba decirte en este momento dónde depositaba a Alura, liberada por fin para que la rescatases. Pero en este tiempo he averiguado sobre ella cosas sorprendentes que alteran totalmente mis planes. Ahora sé que Alura era solamente una prisionera tuya, otra esclava de tu tiránica voluntad, asesino. Ella te odia y te desprecia. No olvida que mataste a su padre

para hacerla tuya. Y no desea serlo. Antes prefiere morir. Ya no está bajo el efecto de tus nefastas drogas. Se une a nosotros. Quiere ser libre, irse lejos de ti. Y yo la ayudaré con mi propia vida a conseguirlo. Ahora ya lo sabes, canalla. Alura no será nunca tuya. Es libre. Adiós, Zoltek. Es cuanto tenía que decirte.

El estallido de cólera del pirata fue terrible, tal y como esperaba Erik Vaal Se incorporó con un bramido rabioso, congestionada su faz amarilla, hinchadas las venas de sus sienes, contemplando con ojos enrojecidos de ira la Imagen burlona, desafiante, proyectada en su pantalla. Antes de que Vaal pudiera evitarlo, descargó su furia desatada contra él propio monitor, al que descargó un terrorífico golpe con su puño cerrado, sólido y demoledor como un gran martillo, y la pantalla estalló en mil pedazos, en medio de una violenta explosión que lanzó sus cables y vidrios por los aires, que mando cortinajes y muebles.

Erik Vaal, en silencio, para no aumentar la cólera de su jefe, procedió con rapidez a utilizar un pequeño extintor, mientras la gigantesca figura del mongol recorría la estancia a grandes zancadas, y su mano, ensangrentada por el impacto en la pantalla visora, seguía derribando objetos, muebles y elementos decorativos de los muros circundantes.

—¡Le haré pedazos! —rugía, descompuesto, iracundo, poseído por una furia incontenible—. ¡Le tendré a mis pies, clamando por morir de forma piadosa antes de sufrir las mil refinadas torturas que mi mente imaginará para prolongar su sufrimiento durante años enteros toda una larga vida en la que

vaya extinguiéndose lenta y dolorosamente! ¡Karr Vulkan caerá en mis manos sea como sea! ¡Juro que le alcanzaré donde quiera que esté, y desollaré su cuerpo convirtiéndolo en una pulpa informe! ¡Me ha arrebatado a la mujer que más deseo, la ha vuelto a la normalidad para que me odie, y eso va a pagarlo! ¡Va a pagarlo de tal modo, que maldecirá cien veces el momento en que se enfrentó a mí!

Erik Vaal nada decía aún. Pero sabía que su patrón siempre cumplía sus promesas. Ahora, la vida del poderoso corsario de los espacios siderales, iba a tener solamente una obsesión, una idea fija como meta para alcanzar: encontrar y destruir a Karr Vulkan, por encima de todo.

* * *

—Cuadrante Gamma-11, Núcleo 101 —informó con voz monótona Skrog, aunque reflejando en sus redondos ojos de hombre-saurio una expresión preocupada e inquieta—. Ya hemos entrado en zona, Karr.

—Bien —el joven héroe se aproximó a su camarada, escudriñando por el amplio cristal visor el espacio exterior que les rodeaba, profundamente negro, salpicado de muy escasos astros, y con una rara nebulosa distante, brillando mortecina en el Cosmos, con un leve resplandor rojizo—. No parece muy poblada...

—No lo está, Karr —respondió Skrog, pulsando el control de la gran pantalla visora de la nave—. Mira

eso.

Karr miró el gran rectángulo luminoso que ocupaba el centro de la cámara de mandos. En él se reflejó con nitidez, muy ampliada, un sector inmediato de aquella zona cósmica en que ahora se movían.

Ciertamente, nunca la negrura espacial había parecido tan profunda e impenetrable, ni nunca una zona celeste había mostrado a ojos de Karr tan escasos y distantes puntos luminosos, parpadeando en su abismo tenebroso. No más de una decena de mundos y estrellas, salpicaban aquel sector misterioso del espacio al que se habían adentrado en su afán de evadirse de cualquier búsqueda por parte de las naves corsarias de Zoltek.

Vulkan contempló aquellos cuerpos celestes, desconocidos para los astronautas, por hallarse en una región virtualmente inexplorada del Universo, casi en el borde mismo de la Galaxia donde la Federación de Planetas había colonizado mundos diversos, creando una gran sociedad de razas y civilizaciones, unida entre si mediante un gobierno federal.

—Al menos hay millones y millones de unidades de distancia entre mundo y mundo —opinó Karr.

—Exactamente, cada planeta o astro de esta zona espacial, se distancia de cada uno de los otros en más de dos o tres años-luz. El más lejano astro, se halla a ciento sesenta años- luz de nosotros. Y esa nebulosa, conocida como la Z-1033, o Nebulosa Roja, puede que se halle a más de mil años-luz de nosotros. Es una zona muy amplia, como ves. Y muy vacía…

—¿No hay problemas en la navegación?

—Ninguno. Navegamos a velocidad regular, sin dificultades de ningún tipo... por el momento.

—Eso es una buena noticia —sonrió Karr—. No parece una zona tan hostil como se dice...

—Acabamos de entrar en ella, Karr. Yo no me fiaría demasiado. Hay algo en esta calma profunda, en este silencio, en esta ausencia de todo signo de vida, algo que no me gusta. Mira: este es el sensor de búsqueda de formas de vida que tiene acopiada esta nave de Zoltek. Comprueba tú mismo lo que digo.

Pulsó una serie de teclas. En una pequeña pantalla esférica comenzaron a surgir líneas de diversos colores. Por fin, unas cifras pestañearon velozmente. Al fin, sonó un zumbido continuado, suave e ininterrumpido, y se dibujó una línea recta sobre un fondo negro. No había alteración alguna en ella.

—¿Qué es eso? —frunció el ceño Karr.

—El indicador de vida inteligente o animal. Cero, Karr. Línea ininterrumpida. Significa que no hay vida alguna. No existen vibraciones vitales de ningún tipo.

—Mundos deshabitados, ¿no?

—Eso parece, al menos. Pero ni siquiera un animal, una planta... Es raro. Claro que no hay soles aquí. Por tanto, ninguno de esos mundos disfruta de la existencia del día.

—¿Quieres decir que *siempre* es noche en ellos?

—Exacto. Según nuestra lógica, en estos mundos que vemos, siempre es de noche. Curioso, ¿no? Se mueven en una órbita gigantesca, acaso en tomo a una remota constelación de soles que ni siquiera pueden verse desde aquí. Es un sistema solar sin sol. Una

pléyade de cuerpos celestes donde no habrá otra luz eterna que la de esos pocos astros y su rojiza nebulosa distante. Un lugar muy triste y sombrío para vivir en él, ciertamente. Quizás eso explique la ausencia de vida humana, animal o vegetal, amigo mío.

Karr asintió, contemplando con fijeza la imagen ampliada de la gran pantalla. Luego, de repente, la pantalla esférica sufrió una inesperada alteración. La línea recta se hizo ondulante. El zumbido se transformó en un «bip-bip-bip» seco y repetido. Karr enarcó las cejas, perplejo. Skrog, alarmado, pulsó varias teclas, observando las cifras computadas en la esfera luminosa.

—¿Qué diablos sucede ahora? —se interesó Karr—. Eso sí indica alguna forma de vida, ¿verdad, Skrog?

—Así es —admitió el hombre-reptil, alarmado—. Pero esa vida no procede de esta zona del Universo, Karr.

—¿Qué quieres decir?

—Procede de un punto a nuestras espaldas —jadeó Skrog. Hizo otra serie de maniobras en el teclado. Aparecieron nuevas cifras en la esfera. Soltó una imprecación, y añadió, alarmado—: ¡Naves, Karr! ¡Naves en nuestro seguimiento! ¡Acaban de cruzar la divisoria del Cuadrante Gamma-11! ¡Vienen tras de nosotros!

—¡Zoltek! —rugió Karr, palideciendo—. No creí que llegara tan pronto…

—Ni yo. No debe ser él en persona, sino una de sus patrullas avanzadas en algún punto cercano a esta zona espacial. Está compuesta la flotilla por una media

docena de aeronaves rápidas. Si mantienen la velocidad de crucero que indica el cálculo computado por el ordenador de a bordo, nos alcanzarán en menos de diez horas, Karr.

—¿Se puede acelerar la velocidad de esta nave? —preguntó él, tenso.

—Sí. Pero ignoro si ellos pueden hacer lo mismo.

—Probaremos. Da más velocidad. La máxima posible sin correr riesgos.

—Bien. ¿Aviso a Ingar? Es posible que necesitemos la artillería...

—Sí. Que estén todos en estado de alerta. Zafarrancho de combate, por si acaso. Si nos atacan, habrá que defenderse. Skrog accionó los mandos. La velocidad de la astronave aumentó considerablemente, casi en un sesenta por ciento, según la computadora. La línea en la esfera se tomó horizontal, sin alteraciones. Las cifras corrieron veloces, y el hombre-reptil suspiró con alivio, haciendo un chasquido peculiar con su bífida lengua.

—Menos mal. No pueden ir más de prisa. Utilizan a tope sus posibilidades. Estamos distanciándonos rápidamente de ellos, aunque no cejan en la persecución. Dentro de pocas horas, les habremos perdido definitivamente, Son naves de velocidad limitada.

—Es una suerte. Pero avisarán a Zoltek de nuestra situación. Y ese pirata posee naves más veloces que ésta... Bien, de momento, que se mantenga esa velocidad. Y que Ingar y los demás estén alerta. No debemos fiamos ya de nada. Si nos han seguido a esta

zona prohibida, es porque están seguros de que nada puede sucederles.

—Yo no estaría tan seguro de eso —murmuró Skrog, dubitativo, estudiando la gran pantalla negra, donde los mundos escasos del Núcleo 101 parecían inmóviles en la negra noche del vacío estelar, pese a la fantástica velocidad que ellos desarrollaban en estos momentos, adentrándose en la oscura sima desconocida de aquel remoto sector galáctico. Transmitió a otras zonas de la amplia nave las Órdenes de Karr, para que todos se mantuvieran alerta en sus puestos, a la espera de un posible ataque de las naves de Zoltek. Ingar les tranquilizó. Todo estaría a punto en escasos segundos, informó con serenidad el zoónido.

El vuelo prosiguió con absoluta normalidad, sin que nuevos factores alarmantes alterasen la calma a bordo. Karr se reunió con Alura, que descansaba en su cabina, y almorzaron juntos los alimentos deshidratados de a bordo. La joven parecía irse reponiendo por momentos, y ya sonreía con mayor espontaneidad y frescor, aunque de sus ojos bellísimos no había desaparecido la sombra del miedo que, inevitablemente, sentía aún hacia el hombre tiránico que la raptó y drogó, tras asesinar a su padre.

—¿Crees que no llegará a alcanzarnos? —preguntó, cuando supo por Karr que estaban siendo perseguidos a distancia por naves corsarias.

—Espero que no. Pero de ser así, moriríamos antes de rendimos. Sin embargo, va a costarle trabajo, de todos modos, vencemos ahora. Somos libres y vamos a

luchar por nuestra vida con todas las fuerzas de que somos capaces, Alura.

—Ojalá nunca volvamos a caer en sus manos —se estremeció ella—. Prefiero mil veces la muerte, Karr,

—No es muerte lo que deseo ofrecerte al final de esta odisea, Alura, sino vida. Vida Feliz, dondequiera que estemos. Te llevaré a mi mundo, sí es preciso, para que allí vuelvas a ser la que eras. Conocerás a mi prometida Zara, tú misma quizás te enamores de alguien y seas una esposa feliz en el futuro...

—¿Tienes novia? —preguntó Alura con voz tenue.

—Sí. Es hermosa y dulce. Quizás no tanto como tú, pero ella me espera y será mi esposa cuando regrese. Ya la conocerás. Es afectuosa y tierna. Te gustará.

Alura no dijo nada. Bajó los ojos a su plato, Karr no pudo saber que en los bellos ojos azul-plata, habla ahora una sombra de desilusión profunda.

Inesperadamente, una luz roja parpadeó en la cabina. Por el altavoz, legó la palabra excitada de Skrog, mientras se iluminaba la pantalla intercomunicadora en el muro.

—¡Karr, ven de inmediato al puente de mando! —avisó el hombre-reptil con tono tenso—. Hay novedades importantes...

—¿Qué clase de novedades? —-se alarmó él, cambiando una mirada apremiante con Alura—. ¿Zoltek?

—No, no. Esto es otra cosa. Pero también urgente. Ven en seguida.

Se excusó ante Alura, y partió rápido a reunirse en la cabina de mandos con Skrog. Cuando irrumpió en

ella, el hombre-saurio le mostró con mano rígida la pantalla gigante, en la que estaba ampliando al máximo una imagen cercana a la nave.

—Mira eso —dijo, señalando con uno de sus membranosos dedos a la panorámica celeste allí reproducida fielmente mediante los juegos de transmisión de imagen del exterior de la astronave—. ¿Qué te parece, Karr?

Vulkan contempló absorto lo que ahora reflejaba la pantalla con perfecta nitidez. Lanzó una exclamación de estupor y extrañeza.

—¡Cielos! ¿Qué es eso? —preguntó, desorientado.

Skrog suspiró, inmovilizando la mejor y más clara Imagen posible del objeto vislumbrado ahora enfrente a ellos, como si pudieran palparlo sólo con extender la mano.

—Es la imagen más detallada y cercana que se puede obtener —explicó—. Yo diría que se trata de un cuerpo creado por seres inteligentes. Una nave, sin duda.

—Pero... pero parece... un animal, un ave fantástica... —jadeó Karr.

—Lo parece. Pero es metal, observa. Comprobaremos su aleación, sin embargo, mediante el detector de materia —tecleó la máquina, y aparecieron cifras y signos en una pantalla de computación. Luego, tras una serie de operaciones matemáticas, apareció en ella la información que buscaban—. Mira eso, Karr. Lo que yo dije.

La pantalla del computador analizaba con precisión el cuerpo situado ante ellos:

CUERPO ARTIFICIAL. COMPUESTO DE UNA ALEACION DE ACERO, PLASTICO METALICO DE NATURALEZA NO IDENTIFICABLE Y

UNA COBERTURA DE OTRO METAL ÁNTI- OXIDANTE Y ANTITERMICO.

—Una nave, por tanto... —musitó Karr.

—Eso es» Una nave de acero y materiales desconocidos para nosotros y para el ordenador. Sólo puede ser un vehículo a utilizar por alguien.

—Pero ¿por quién? —musitó Karr, estudiando aquella estructura gigante, flotando ante ellos en el vacío, inerte y silenciosa.

Era una especie de inmenso pajarraco de metal negro, brillando al reflejar en su helada superficie los difusos fulgores de asiros y nebulosa. Un cuerpo oval, alargado, formaba su centro. De éste partían dos especies de alas gigantes, desplegadas, de tipo membranoso, como el de los murciélagos o ratas voladoras, pero reproducido también en metal y plástico desconocidos, igualmente negro y brillante. Así, inmóvil y flotando en el espacio estelar, tenía todo el aspecto de un inmenso pájaro muerto, a la deriva sobre un inmenso lago de negro vacío.

—Debió sufrir una avería en esta zona espacial —comentó Skrog, con los ojos entornados y sombríos—. O algo peor...

No podemos entretenernos en explorar si hay gente viva o muerta a bordo —dijo Karr—. Tal vez eso permitiría que nuestros perseguidores nos alcanzaran...

—Es muy cierto, Deberemos rebasarlo y seguir viaje. No debe haber nadie con vida ahí dentro, o hubieran comunicado con nosotros.

Karr mantenía fija su mirada en el extraño cuerpo celeste. Preguntó, pensativo:

—¿A qué distancia estamos de esa nave?

—A mucha más de lo que parece, Karr. La tendremos así, a nuestra vista real, dentro de unas horas. Esa es una imagen muy ampliada, invisible a nuestros ojos aún, aunque no a los de los detectores de a bordo.

—Acelera al máximo si es posible —pidió Karr—. Eso nos permitirá ganar algún tiempo supletorio más. El suficiente para intentar, al menos durante una hora, investigar esa nave.

—Yo que tú no lo haría, Karr. Es mejor seguir adelante y dejar atrás ese vehículo. No me gusta su aspecto. No puede ser nada bueno, estando en este lugar.

—No hables así, Skrog. Puede haber seres a bordo que necesiten de nosotros. No podemos, en conciencia, ignorar la existencia de esa nave ahí. Siempre me reprocharía no haberles asistido, no haber salido al menos de dudas.

—Como quieras —respondió el hombre-reptil, resignada- mente—. Eres demasiado noble y generoso, Karr. Haré lo que pides. Después de todo, tú eres el jefe a bordo. Pero puede ser peligroso entretenernos en esas cosas. Aumentaré a tope la velocidad. Es todo lo que puedo hacer, pero sólo ganaremos cosa de una hora respecto a nuestros perseguidores, recuérdalo

bien.

—No lo olvidaré, amigo. Voy a disponerlo todo para visitar la nave misteriosa. Ur me acompañará. Mientras me ausento, tú serás el comandante de a bordo.

—Siempre a tus órdenes, Karr —asintió dócilmente Skrog.

Y aceleró a tope, sin rebasar el límite en que la nave podía navegar con garantías de no sufrir daños o averías.

Los ojos de Karr seguían fijos en aquella extraña nave en forma de negro pájaro, que aparecía ampliada en la gran pantalla, mientras se movía hacia la cabina de material, en busca de trajes de astronauta y útiles para la expedición. Tres horas más tarde, Skrog avisaba de que ya avistaban a simple vista la negra nave alada. Karr y el gigantesco y hercúleo Ur, ataviados con indumentaria espacial, y llevando armas adecuadas, se dirigieron al compartimiento de salida al exterior. Alura, tan preocupada como el propio Skrog, avisó a Karr, poniendo una mano en su brazo:

—Cuídate mucho, Karr. No corras riesgos inútiles…

—No temas, Alura —sonrió él, animoso—. Volveremos en menos de una hora.

Y se introdujeron en el compartimiento estanco, de donde momento más tarde partían hacia el vacío, a bordo de un pequeño biplaza de gran maniobrabilidad, acondicionado para exploraciones en el exterior.

La pequeña nave se aproximó al negro cuerpo flotante, inmóvil y silencioso, como un mítico animal del Cosmos, muerto en un mar de vacío eterno. Skrog

y Alura no apartaban sus ojos de la gran pantalla, donde podían nítidamente seguir el vuelo de los astronautas.

La cuenta atrás del computador de a bordo, se había iniciado ya. Los segundos pasaban veloces. Sombrío, el hombre-reptil indicó a la bella muchacha:

—Sólo dispone de cincuenta y cinco minutos para descubrir lo que le ocurrió a esa extraña nave… Dentro de una hora, las naves perseguidoras de Zoltek empezarán a aproximarse peligrosamente a nosotros.

7

La nave biplaza se acopló a la enorme astronave negra, mediante un sistema magnético de adhesión. De ella salieron Karr y Ur, pisando la metálica superficie oval, sorprendidos por la forma membranosa de las alas de metal negro que fingían la forma de una ave fabulosa. Se miraron ambos a través de las escafandras espaciales de material cristalino, con aire de perplejidad.

Ur señaló un punto del negro fuselaje. Karr asintió.

Eran visibles allí las líneas de delimitación de una escotilla en forma circular. Pero ignoraban ambos cómo intentar abrirla desde el exterior. Se acercaron a la misma, mientras Ur trasmitía la información a bordo, mediante su intercomunicador, acoplado a su escafandra.

—Hemos visto una escotilla —dijo—. Pero no sabemos cómo intentar abrirla… Bh, esperad. Karr la ha tocado con sus dedos… *y la escotilla está abriéndose*

por sí misma,

—¡Cuidado! —resonó la voz de Skrog en sus auriculares—. No me gusta eso...

Karr no le hizo caso. Estaba contemplando., con sorpresa, cómo la escotilla cedía lenta y silenciosamente, deslizándose a un lado. Un orificio oscuro, redondo, se abrió ante ellos, en el fuselaje de la nave inmóvil. Allá arriba, sobre sus cabezas, su propia astronave flotaba ahora quieta, a la espera del resultado de aquella expedición.

—Vamos —invitó Karr, extrayendo un arma que empuñó con mano firme, dirigiéndose a Ur—» Toma precauciones y sígueme. No sabemos si la escotilla fue abierta por alguien, o se acciona automáticamente al contacto de alguien. Tampoco sabemos aún si los que pueda haber ahí dentro, vivos o muertos, serán gente amistosa o no.

Ur asintió, esgrimiendo asimismo una potente pistola de cargas desintegrador as. Los dos hombres se aventuraron en el interior de la fantástica nave negra. Dejaron de verles desde su nave de origen. Skrog y Atura cambiaron una mirada inquieta, en el puente de mando.

—Yo que ellos me hubiera vuelto —señaló el hombre- satirio—. Pero él manda, después de todo…

Se movieron los dos astronautas en el interior de la nave. Descendían, por una rampa pronunciada, a la que su calzado magnético se adhería fácilmente, evitando un descenso demasiado rápido. No había luces en torno. Karr presionó un resorte de sus ropas. Un rayo de luz brotó de la hebilla de su cinto ron,

proyectándose ante ellos. Pudieron ver que el corredor en pendiente terminaba ante otra puerta oval, herméticamente cerrada. Pero apenas, llegaron ante día, ésta imitó a la escotilla exterior, empezando a deslizarse silenciosamente. De nuevo tenían pase franco. La luz reveló un corredor más amplio de bóveda curvada. Al pisarlo, so luz fue innecesaria ya. Los paneles en torno suyo se iluminaron con una limpia fosforescencia azul que hizo destacar con nitidez todos los detalles del corredor, desnudo, largo y frío.

Avanzaron por él ambos expedicionarios, atentos a lo que pudiera suceder. Hasta el momento todo parecía normal y sin problemas a bordo de la enigmática nave silenciosa. No parecía haber dentro de la misma ser viviente alguno, salvo sus mecanismos automáticos, que funcionaban a la perfección sin necesidad de que ellos manipulasen cosa alguna. El corredor luminoso hizo un recodo, y se vieron ante una especie de tubo abierto, en cuyo interior reposaba una plataforma circular de material plástico azul. Se miraron Ur y Vulkan interrogantes. El último asintió, señalando el cilindro que se hundía en el suelo metálico de aquella planta.

—Parece un ascensor —comentó Karr—. Vamos a ver adonde nos conduce, Ur.

El hercúleo camarada de Karr asintió gravemente, tras mirar en tomo con aire receloso. No parecía fiarse demasiado de la aparente normalidad de aquel recinto cósmico.

Subieron a la plataforma circular. Apenas lo

hubieron hecho, ésta se puso en movimiento, descendiendo veloz a través de un tubo cristalino, sin que ellos sintieran la menor molestia, salvo la sensación natural de vértigo que producía ia rápida forma de deslizarse hacia abajo aquella plataforma transportadora.

Cuando se detuvo, un fantástico espectáculo apareció ante ellos, en una cámara abovedada, de iluminación también azul, fluorescente desde el suelo, techos y paneles, mostrando un contenido realmente insólito y desconcertante.

Allí había hasta media docena de urnas cristalinas, que recordaban vagamente un panteón familiar, como si cada urna fueses un sepulcro situado en una fantástica cripta futurista. El aire tenía una atmósfera aromática, que se filtraba hasta sus fosas nasales a través de los filtros purificadores de la escafandra espacial.. Igual que si hubieran embalsamado un lugar destinado a los difuntos.

—Dios, ¿será esto lo que parece? —susurró roncamente Ur, impresionado, saliendo del tubo transportador.

—No sé —se encogió de hombros Karr—. Puede que esto sea un mausoleo flotante, una especie de nave funeraria cósmica... Esos seres que ahí reposan… parecen muertos. O, como mínimo, en hibernación.

Se acercaron a las urnas cautelosamente. Era tal el silencio que les rodeaba, que el leve roce de su calzado en el suelo satinado parecía incluso ensordecedor a sus oídos en tensión. Una vez junto a las urnas transparentes, miraron su contenido.

Como ya había intuido Karr, eran seres que alguna vez estuvieron vivos. Que quizás aún lo estuvieran, aunque parecían en eterno reposo. Y eran *humanos*.

Humanos. Como él, como Ur, como la gente de su planeta remoto. Había seres humanos en la misteriosa zona del Núcleo 101, a menos que hubieran llegado de ignotas regiones cósmicas. Karr estudió a los cinco hombres inmóviles, dormidos profundamente, no se sabía si en el sueño de la muerte o en un reposo hibernado, a la espera de una futura vuelta a la vida. Y por fin, a la mujer.

La mujer...

Se quedó absorto, atónito, contemplando aquella figura tendida en la urna cristalina, ya fuese muerta o dormida. Si Zara era bella y Alura hermosísima, ésta sobrepasaba todo lo imaginable en cuanto a perfección física. Estilizada, pálida, casi marmórea, de plateado cabello largo, cuerpo enteramente desnudo, una perfecta estatua de piel lechosa y tersa, de formas maravillosamente modeladas. Boca carnosa, pálida de labios, rostro sereno, en reposo total, suave y apacible. Manos alargadas, etéreas casi, Cruzadas sobre los pequeños y perfectos senos desnudos.

—Dios... —jadeó Karr—. Muerta o dormida, es una belleza increíble...

Ur se acercó, estudiando en silencio a la mujer inmóvil. Asintió luego, impresionado también.

—Bellísima —ponderó—. Parece casi una niña...

—No tendrá ni dieciocho años —susurró Karr, fascina- do—-. Una criatura fantástica, prodigiosa... ¿Será posible que haya muerto tan sublime muchacha?

—Todos hubiéramos muerto de no ser por ti, extranjero —dijo la voz profunda, en alguna parte de aquella cámara de apariencia mortuoria—. Estábamos esperándote. Ya has llegado. Y Eterna vivirá… como viviremos todos de nuevo. Eternamente, gracias a tu presencia…

Atónito, sobrecogido, Karr se volvió al oír retumbar esa voz en la cripta espacial. Ur, a su lado, también giró la cabeza, encarándose con lo increíble.

* * *

—¿Qué estará sucediendo ahí dentro? —se impacientó Skrog—. Se han interrumpido las comunicaciones entre ellos y nosotros, Alura. No logro conectar con Ur ni con Karr… Es como si algo sé interfiriese entre ellos y esta nave…

Alura no dijo nada. Contemplaba con ojos fascinados la forma negra de la nave semejante a una gigantesca ave petrificada en el vacío. Se estremeció y bajó sus parpados unos momentos. Cuando se expresó, lo hizo con un tono tenso, preocupado:

—Veo algo, Skrog… —manifestó—. Veo una influencia extraña, misteriosa y profunda, envolviendo a los dos… Veo seres que parecen muertos, pero que viven… Todo eso está sucediendo ahí dentro, en alguna parte de esa nave… Es como si las imágenes se dibujaran nítidamente en mi cerebro… Veo hombres dormidos… o muertos, no sé. Y una mujer…

—¿Una mujer? —repitió Skrog, perplejo, mirándola con enorme asombro.

—Una mujer que no puede morir… —susurró Alura como en trance—. Es eterna… hermosísima… La más bella criatura imaginable… Y su vida o su muerte dependen de Karr. ¡Es como si estuviese viviendo todo eso, Skrog!

—Dios… —jadeó el hombre-lagarto—. Creo entender… Alura, tú ¡eres telépata!

—¿Telépata? —repitió ella, sorprendida.

—Sí. Captas ondas mentales ajenas… Puedes seguirles mediante tu propia mente… Sigue, por favor, Alura. Sigue. Adonde no llega nuestro sistema de contacto, es posible que esté llegando tu cerebro… ¿Qué ves ahí dentro? Habla…

—Veo gente inmóvil, ya te dije… Dormida o muerta, no sé… Se respira un clima extraño ahí dentro. Alguien habla ahora con Karr…

—Alguien… ¿de *ahí* dentro? —insistió el provisional comandante de a bordo.

—Sí, sí… Alguien, más está con Ur y con Karr… Un extraño… alguien que parece venir de regiones oscuras y lejanas, de un mundo ajeno a nosotros… pero que no se muestra agresivo, que parece agradecer a Karr su llegada… como si hubiesen estado esperándole por alguna razón… Y la mujer… la mujer… creo saber cómo se llama… Su nombre es… es Eterna…

—¿*Eterna*? Extraño nombre para una mujer… —repitió Skrog, perplejo.

—Eterna, sí… Así se llama ella… Y creo… que está volviendo a la vida… No, no. Está despertando. Nunca estuvo muerta, No… no *puede* estarlo. ¡Es eterna! Su propia vida es eterna… como su propio nombre…

De súbito, algo conmovió la nave. Skrog lanzó una imprecación, y Alura salió despedida, golpeando contra los controles. Rebotada, fue a parar a brazos del hombre-reptil, que la impidió caer, mientras accionaba precipitadamente los mandos para estabilizar la nave, repentinamente sacudida por algo que la zarandeaba poderosamente en el vacío. Algo, en sus entrañas, retumbó con sonido desgarrador. Los sistemas de alarma se dispararon de inmediato, comenzando a sonar una aguda sirena y a parpadear los indicadores de alerta roja. Se precipitó Skrog sobre los mandos, pidiendo con voz potente por los intercomunicadores:

—¡Informa, Ingar! ¿Qué sucede? ¡Pronto, dime qué es lo que nos ocurre!

—¡Ataque frontal de dos naves desconocidas, Skrog! —informó la voz alarmada del zoónido-—. ¡Estamos intentando repeler el ataque! ¡Son naves ultralumínicas, llegadas súbitamente a esta zona!

—¡Zoltek! —bramó Skrog, asustado.

—Sí, me temo que sean naves suyas. Nos han localizado y eluden los disparos de nuestra artillería. Han causado destrozos en la popa. Se han averiado varios canales de intercomunicación, y también el aire respirable de este sector. Se ha declarado un incendio en uno de los reactores fotónicos… Es un mal trance, Skrog. ¿Qué hacemos?

—No sé —masculló el hombre-reptil—. Karr está fuera. Hay que hacer algo. Intenta mantener a raya a esas dos naves.

—Ya lo hago, pero es difícil. Su capacidad de maniobra es fulgurante. Nos tienen a tiro. Creo que

van a volver a atacar de un momento a otro. ¡Ya vienen, Skrog! ¡Se precipitan sobre nosotros! Creo que van a pulverizarnos...

—¡Defended con todos los medios! ¡Intentad conectar el campo de fuerza para que no nos alcancen de lleno! —bramó Skrog—. ¡Oh, Dios, y mientras tanto, Karr permanece en esa maldita nave negra!...

Desde el negro espacio, dos relampagueantes naves ultra- lumínicas, se precipitaban ya sobre la astronave de los esclavos liberados, en un esfuerzo final por reducirles, obligándoles a una rendición sin condiciones. En ambos fuselajes, las astronaves enemigas mostraban la roja calavera del estandarte de Zoltek, el Amarillo.

* * *

Karr y Ur contemplaron al hombre majestuoso, alto y pálido, que emergía de una de las cinco urnas destinadas a los durmientes del sexo masculino. Una larga túnica negra, espejeante, le cubría hasta los pies. Era delgado, solemne, de profundos y graves ojos de fulgor amarillento, como los de un gato. Sonreía suave, dulcemente, caminando hacia ellos lentamente. Poseía un blanco cabello largo, sedoso y liso, que alcanzaba hasta los hombros.

—¿Quién eres tu? —preguntó Karr, fascinado ante aquella presencia viviente—. ¿De dónde vienes?

. —Soy Voldal, el guardián protector de Eterna.

—¿Eterna?

—Ella. La mujer que ves ahí reposar, extranjero —

suspiró suavemente el venerable personaje, señalando a la urna donde yacía la desnuda belleza marmórea.

—¿Se llama… Eterna? —musitó Karr, perplejo.

—Ese es su nombre. Y su condición. Vive eternamente, como todos nosotros, sus fíeles servidores. Nada ni nadie puede matar a Eterna. Su vida es como las estrellas, como el propio Universo: no tiene principio ni fin.

—Se la ve tan joven… casi una chiquilla… —susurró Karr, confuso.

—Siempre será así, aunque transcurran milenios, extranjero. Ella no envejece. El Tiempo no existe para ella. Siempre podrás verla igual, por siglos y decenas de siglos que puedas vivir.

—Eso… eso es imposible…

—No, no lo es. Lo que para ti parece imposible, es normal para nosotros, los habitantes de Inmortalia.

—¿Inmortalia?

—Es nuestro mundo. Allá, en la Nebulosa Roja… —señaló vagamente, hacia alguna parte inconcreta, dentro de la cámara tan parecida a una cripta—. Como antes te dije, te esperábamos…

—¿A mí?

—A ti. La muerte era nuestro destino final, si no surgía el hombre capaz de despertarnos de un letargo de milenios. Ese hombre has sido tú. Te eligió el Destino. Y estás aquí, para que con tu presencia. Eterna vuelva a vivir por una eternidad…

E hizo un ademán ampuloso con sus dos brazos extendidos, hacia la urna de la bellísima criatura desnuda. Prodigiosamente, como en un mágico juego

fascinador, la figura femenina se movió sutilmente. Sus manos dejaron de estar cruzadas, sus párpados temblaron levemente, como alas de mariposa. Y abrió los ojos.

Karr nunca había visto ojos semejantes en toda su existencia. Eran como dos fantásticos lazos amarillos, de dorado fulgor y retinas oscuras en su centro. Fosforescentes igual que los de un hermosísimo felino. Se clavaron en Karr con fascinante fijeza. Ella empezó a incorporarse. Parecía en trance. Pero sus labios cobraron color rojo, y sonreía dulcemente, mostrando unos dientes iguales, blancos, nítidos y pequeños…

—Extranjero… —susurró—. Tu nombre es Karr Vulkan y vienes de un lejano mundo.

—¿Cómo puedes saber?… —jadeó Karr, atónito.

—Ella lo sabe todo —sonrió el hombre llamado Voldal, cruzando majestuosamente sus brazos e inclinándose, ceremonioso, ante la efigie viviente femenina qué emergía, en su plena desnudez virginal, del reducto cristalino donde había yacido hasta entonces—. Es inmortal y todopoderosa. Su cerebro llega adonde la vista humana no puede alcanzar…

Ella se detuvo ante Karr. Le miraba fijamente, sin parecer sentir pudor por su desnudez. De pronto, aquellos ojos fantásticos parecieron convulsionarse en una tormenta interior profunda, y ella habló con su dulcísima, intensa voz musical, mientras su cuerpo se estremecía:

—Veo algo horrible… Tu nave, extranjero… peligra. Va a ser destruida… en estos momentos…

—¡Oh, no, no! —aulló Karr, tomándose lívido—.

¡Dios mío, tengo que acudir y salvar a mis camaradas!

—Ya no tienes tiempo -—negó ella---. Son naves muy rápidas... con una roja calavera en su fuselaje.

—¡Zoltek, el pirata! —se estremeció Karr, descompuesto—Los despedazarán...

-¿Quieres que lo evite? —susurró Eterna.

—¿Puedes? —dudó Karr, mirándola fijamente.

—Es lo menos que puedo hacer por quien me devuelve a la vida... —sonrió ella con infinita dulzura, apoyando sus manos en las de Karr, que se estremeció ante aquel fresco y tierno contacto—. Si tú deseas, salvaré a tu gente.

—Te lo ruego. Eterna —pidió Karr—. ¡Salva a mis .camaradas y amigos!

Ella sonrió. Cerró los ojos. Una rara fuerza pareció cercarla. Un aura luminiscente se dibujó en torno a su cuerpo desnudo, como si despidiera de su persona un efluvio mágico y poderoso. Fuera, en alguna parte del espacio circundante, hubo un formidable estallido, y todo tembló en la nave negra. Los cuerpos se agitaron, sin llegar a caer.

Eterna abrió sus ojos. Miró a Karr. Su sonrisa se hizo triunfal. Las pupilas brillaban, con su dorado fascinante.

—Ya está hecho —dijo—. Las naves enemigas fueron destruidas. Tu gente está a salvo. No temas nada.

—Dios mío... —musitó Karr, mientras las repercusiones de aquella explosión lejana iban amainando ostensiblemente—. ¿Destruidas las naves piratas?

-—Sí —sonrió ella—. ¿Lo dudas, acaso?

—No, no. Si tú lo dices… Pero, ¿cómo puedes hacerlo?

—Tengo, mis poderes especiales. Mi mente los posee de modo suficiente para ayudar a un amigo» Tú eres ese amigo, Karr. Viniste aquí, y me devolviste una vida que me había sido arrebatada,

—¿Arrebatada por quién?

—Por oscuros y temibles enemigos de mi persona —suspiró ella, tristemente—, Pero estaba escrito. Cuando un hombre noble y digno, con desprecio del peligro y sin miedo a morir viniese hacia mí y me contemplara, yo despertarle de mi letargo de siglos, para volver a ser Eterna, la reina de Inmortalia, el planeta de la vida que nunca, muere.

—La vida que nunca muere… —repitió Karr—, Es una hermosa frase. Pero nunca pensé que pudiera ser algo más que eso, una frase… ¿En tu planeta hay auténtica inmortalidad?

—La hay, Karr, amigo. Voldal, mi guardián y preceptor, puede hablarte de todo ello. Tú y todos los tuyos podéis venir ahora adonde yo moro. Allí, lejos de tus enemigos mortales podréis sobrevivir y planear con tiempo y calma vuestro futuro, sin riesgo alguno que os amenace.

—Pero tú misma has sido víctima de enemigos que fueron capacesˆ de vencerte… ¿No pueden ellos atacarte de nuevo?

—No. Ya no —sonrió ella con rostro resplandeciente que la hacía aparecer aún más hermosa—. Contigo al lado, eso es imposible. La

profecía señalaba tu llegada como un medio para volver a la vida. También señala que, contigo al lado, nada tengo que temer. Mis enemigos de siempre jamás podrán destruirme ni volverme a ese sueño casi eterno al que me condenaron, seguros de que ningún ser humano se aventuraría jamás a penetrar en esta zona cósmica.

—Eterna tiene razón —afirmó Voldal solemnemente—. Cree en ella, extranjero, y tu propio destino estará claro. Si proteges a gentes que viajan contigo, ahora puedes confiar en que nada puede ocurrirles ya, bajo la protección de Eterna y sus mágicos poderes mentales. Tú salvaste a mi reina y señora de un destino atroz, condenada con todos nosotros, sus más leales siervos, a morir en vida o a vivir en muerte, dentro de esta siniestra nave, mitad cementerio, mitad prisión para nosotros...

—Ignoraba que mí humilde persona estuviera destinada a semejante misión salvadora, pero, ¿dónde están ahora los enemigos que os condujeron a esta situación en el pasado?

—Lejos. Muy lejos —suspiró Eterna, dulcemente—. Ya nade podemos temer de ellos. No pueden nada contra nosotros, allí donde se encuentran. Salgamos de esta nave, Karr amigo y vayamos a la tuya. Yo os guiaré a Inmortalia, el planeta de la vida eterna, donde podréis elegir entre quedaros y vivir como inmortales… o partir un día, en el futuro más o menos cercano, para reunirás con vuestro pueblo y vuestra gente, sin correr peligro ante vuestros enemigos.

—Es una buena idea —asintió Karr, mirando en

torno—. No me gusta esta nave, me recuerda más un cementerio que una prisión...

—Quizás estés en lo cierto. Hubiera sido nuestro cementerio para siempre, de no aparecer tú aquí hoy —musitó ella, mirándole tiernamente, con profunda dulzura—. Pero nos has librado de nuestra suerte y ahora estamos reunidos en una misma tarea: sobrevivir. En el corazón mismo de la Nebulosa Roja, está Inmortalia. Puedo llevaros allí, lejos de todo riesgo.

—Gracias, Eterna. Nunca olvidaré ese gesto, tuyo, como tampoco que hayas salvado a mi gente de morir... Por cierto, no me es posible comunicar con ellos desde aquí para comprobar su estado actual...

—Es imposible comunicar con el exterior desde esta nave, a menos que sea de forma mental. Vamos afuera —señaló a las otras urnas cristalinas, de donde emergían ya, silenciosamente, como auténticos muertos vivientes que regresaran de las tinieblas de la muerte, otros cuatro hombres, todos ellos con túnicas espejeantes, color azul, más jóvenes que Voldal, de negro cabello, tez pálida y ojos dorados. Se alinearon juntos a Eterna. Se inclinaron ceremoniosos en respetuoso saludo, ante su reina. Y también saludaron a Karr en silencio, como si supieran que a él debían su regreso a la vida, dentro de aquella lúgubre nave-cripta o nave- prisión, según como se vieran las cosas.

Los seis seres de Inmortalia siguieron á Karr y a Ur, camino de la salida. Eterna caminaba junto a Vulkan, tomando a éste de la mano, como una dócil niña que se dejara escoltar y guiar por el joven héroe a quien

debía su retorno.

—¿Podéis respirar en el vacío? —dudó Karr, ya cerca de la salida—. No lleváis indumentaria espacial... y hemos de viajar hasta la nave, situada a alguna distancia de la vuestra...

—No temas —sonrió Eterna—. Poseemos un sistema respiratorio especial. El vacío absoluto, el frío cósmico y la ausencia de gravedad no nos afecta en absoluto. Pronto lo verás por ti mismo... Como verás nuestro modo de trasladarnos en el espacio, mediante teletransporte de la materia a distancia.

Y, en efecto, momentos más tarde, Karr asistía a un prodigio aparentemente inexplicable. Seis seres humanos, uno de ellos una frágil mujer, casi una niña, desnuda y sin protección alguna contra las inclemencias mortíferas del vacío estelar, pisaban la superficie de la negra ave alada. Y simplemente con cerrar sus ojos y concentrarse, se fundían en una mancha de luz con perfiles humanos, que era proyectada hacia la nave donde se hallaban sus camaradas, capitaneados por Skrog, inmóvil en el espacio, dañada en algunos de sus puntos, por el ataque de los corsarios de Zoltek, pero afortunadamente a salvo ahora.

La proyección de aquellos cuerpos, convertidos en energía pura, terminó dentro de la propia nave, para asombro de Skrog, Ingar y Alura. Eterna y sus cinco compañeros de cautiverio en la nave negra, se materializaron en el puente de mando, mientras la voz de Karr anunciaba desde la nave biplaza, de regreso a bordo:

—No os asustéis por nada, Skrog. Unos amigos a quienes debemos la derrota y destrucción de las naves de Zoltek, acaban de partir hacia ahí, teletransportados a través del vacío.

—Sí, entiendo… aunque la verdad es que no entiendo nada —confesó el hombre-reptil, estupefacto, al ver materializarse ante sí a la hermosísima y desnuda mujer llamada Eterna, escoltada por aquellos cinco hombres, tan extraños y sorprendentes como ella misma.

8

Fue una cena especial. Una auténtica recepción en honor de los visitantes, aquellos extraños humanos, capaces de haberles librado de las dos naves superlumínicas de Zoltek, con la sola ayuda de los poderes mentales de Eterna, la mujer inmortal.

—¿Inmortal? —preguntó Alura durante la cena organizada por los astronautas aquel día en que viajaban a través del negro vacío de la zona misteriosa del Cuadrante Gamma- 11, rumbo a la Nebulosa Roja donde se hallaba Inmortalia—. ¿Cómo es ello posible, Eterna?

La bellísima mujer, cuya desnudez cubría ahora con una túnica sedosa, para estar armonizada con lo que la rodeaba a bordo de la nave, sonrió a Alura, estudiándola curiosamente, antes de responder con suave tono:

—Es una larga historia, amiga mía. Procedemos de una raza superior que recibió el don de la

inmortalidad mediante un rito primitivo y secreto, que nadie podía revelar a los demás. Esa inmortalidad se hizo hereditaria, hasta que otros pueblos enemigos nuestros, envidiosos de nuestra condición eterna, planearon nuestra destrucción. Pudieron casi exterminarnos, con escasas excepciones, entre las que se encuentra mi pueblo, una reducida colonia de inmortales, aposentada en el planeta que denominamos Inmortalia. Y de no ser por Karr Vulkan, su maniobra de destruirnos definitivamente, hubiera tenido éxito, porque sin mí, mi pueblo deja de ser inmortal, y yo hubiese podido permanecer ahí hibernada, dentro de esa horrible nave convertida en prisión y cementerio nuestro, por toda una eternidad.

—Ya dije yo que no me gustaba nada esa nave en forma de pajarraco —refunfuñó Skrog, que se sentaba a la mesa, igual que Ur y el zoónido Ingar, formando parte del grupo seleccionado que homenajeaba a sus inmortales huéspedes—. Por fortuna, quedó atrás y vosotros estáis definitivamente a salvo, de regreso a vuestro propio mundo…

—Y gracias a ello, también nosotros hemos sobrevivido —le recordó Ingar.

—Ciertamente —confirmó Skrog—, De no ser por la repentina explosión que destruyó a las dos naves de Zoltek que nos atacaban, hubiéramos sido despedazados por ellas… No sé cómo podremos agradecerte eso, Eterna…

—Yo tampoco encuentro modo de agradecer a vuestro comandante mi retomo a la vida —sonrió ella, dulcemente—. Vaya una cosa por la otra, amigos. Y

olvidemos eso, para pensar en un hermoso futuro, que nos sonría a todos como deseamos.

Al terminar la cena, Karr y los demás se despidieron de los seis huéspedes de la nave, que se retiraron a las cabinas especialmente habilitadas para ellos. Voldal quiso alojarse cerca de su reina y señora, como siempre había ocurrido desde que era su preceptor y consejero, allá en el remoto pasado en que vivieran antes de ser recluidos por sus fantásticos e ignorados enemigos en aquella siniestra nave alada que flotaba en el vacío estelar de la Galaxia.

—Es una mujer maravillosa —ponderó Ingar, fascinado por la belleza de Eterna.

—Sublime —diría yo —corroboró Skrog, tan deslumbrado como todos sus camaradas—. No sé si es una reina, una diosa o un ángel humanizado. Pero, ciertamente, es una criatura prodigiosa, algo que no parece de este mundo.

Todos se retiraron igualmente a descansar, mientras la nave seguía rumbo a la Nebulosa Roja. Por el momento, nadie perseguía a los liberados. Tras la destrucción fulminante de las dos naves agresoras, gracias a los poderes de Eterna, las huestes de Zoltek parecían hallarse muy lejos de ellos para significar un peligro inmediato alguno. Las pantallas de a bordo revelaban que no había astronaves detectadas por los sensibles sistemas de localización. Eso les serenaba a todos, haciéndoles sentirse más confiados y optimistas.

—Estoy deseando llegar a ese planeta, Inmortalia —dijo Ingar, antes de irse a dormir—. Creo que si, realmente, hay una posibilidad de vivir allí

eternamente, me quedaré en él sin pensarlo mucho.

Skrog se mostró igualmente entusiasmado con la idea. Karr se limitó a sonreír y menear la cabeza. El no quería inmortalidades. Prefería regresar a su mundo, donde Zara aguardaba su retorno. La vida eterna no le seducía demasiado.

En cuanto a Alura, nada manifestó durante toda la noche al respecto. Daba la impresión de mostrarse un poco celosa de la rara y prodigiosa belleza de Eterna, y cuando se retiró a su cabina no parecía realmente feliz en exceso.

—Mujeres... —sonrió Karr, con encogimiento de hombros.

* * *

Habían llegado a Inmortalia por fin.

Todo cuanto dijera de aquel mundo Eterna, quedaba pálido ante la realidad. En medio de una noche de cielo rojizo y espectral, sin embargo todo era bello allí, en el planeta de noche eterna. Deslumbrantes sistemas de luz artificial se proyectaban sobre una ciudad, llamada Capital, bellísima y resplandeciente, de doradas cúpulas y torres esbeltas, erguidas hacia el cielo, como agujas de plata o cristal. El aire era aromático, embalsamado de olores perfumados y dulces, los árboles daban frutos brillantes y jugosos, y riachuelos de cristalinas aguas se deslizaban por doquier, susurrando tenuemente.

La nave de Zoltek que conducía a los liberados esclavos, se posó mansamente en una extensión de

alfombrada superficie de hierba suave, justo delante de un edificio resplandeciente, que brillaba con fulgores multicolores.

—Mi palacio —indicó Eterna, señalando la bella panorámica—. Sed bienvenidos a él, amigos míos. Ahora sois mis huéspedes e invitados de honor todos vosotros, hasta el último hombre de esta nave. Seréis agasajados por mi gente, y mañana recorreremos la ciudad, para que conozcáis a sus habitantes, hospitalarios y cordiales con el forastero, especialmente cuando vean que su reina ha venido sana y salva gracias a vosotros.

Por una rampa sostenida en el vacío, de audaz arquitectura, accedieron al interior de palacio a través de un pasadizo de muros cristalinos. Los sirvientes de Eterna eran, como sus acompañantes en aquella cripta espacial, gente silenciosa y obediente, que mostró su alegría con comedimiento, al ver ante ellos, de regreso, a su bellísima reina.

—Esas serán vuestras cámaras —indicó Voldal, señalando a Karr y sus amigos una serie de cabinas confortables, alineadas en un interminable corredor del palacio—. Descansad ahora, tras una comida reparadora con nuestros vinos y manjares, y mañana comenzaréis a visitar nuestro planeta, en el que sois bienvenidos, y donde podrá quedarse de por vida quien así lo desee. Y, como todo habitante de este mundo, con ello será inmortal.

La cena fue un auténtico banquete de las mejores viandas imaginables, regadas con un vino exquisito, fresco y dulce, que calmaba la sed y abría el apetito.

Alura seguía mostrándose huraña, pese a todo, mientras ellos disfrutaban de la presencia de aquella bellísima criatura llamada Eterna. Los demás esclavos ocupaban otro vastísimo comedor, donde eran agasajados adecuadamente por los siervos de Eterna.

—Mañana no habrá un sol y un nuevo día, como en vuestros mundos —explicó Voldal durante la cena —. Pero la noche de Inmortalia se teñirá con los millones de luces de nuestros astros artificiales, que proyectarán sobre esta Capital una luz resplandeciente, capaz de emular al más radiante sol imaginable. Ese será nuestro día. Y durante él recorreréis calles y viviendas, conoceréis a nuestros súbditos y gozaréis de la paz de nuestros campos. Ahora, creo que ha llegado la hora del descanso para todos.

Lo cierto es que la sugerencia de Voldal fue bien acogida, porque todos se sentían ya fatigados, y la cena había sido tan copiosa como la libación de aquel excelente vino, y empezaban a sentir sus efectos en el organismo.

De modo que todos se retiraron a descansar, despedidos afectuosamente por Voldal y Eterna, en particular. Ella retuvo las manos de Karr en las suyas, suaves y blancas, y éste sintió un escalofrío de placer indescriptible durante esos instantes.

—Hasta mañana, mi héroe —susurró la criatura resplandeciente que era Eterna.

—Hasta mañana. Eterna —respondió él, aprehendido sin remedio por la fascinación de aquella mujer única.

Insensiblemente, se aproximó a ella sin casi darse cuenta de lo que hacía. Besó los carnosos labios de aquella adolescente maravillosa. Sintió en su boca el sabor de aquella otra boca, dulce y seductora, y tuvo miedo. Miedo de que si ella le pedía que se quedase a su lado para siempre, él obedeciera como un niño hechizado.

Sin embargo. Eterna se limitó a sonreír y desprender sus manos de las de él, retirándose con andares gráciles y etéreos hacia sus propias estancias, seguida en silencio por el fiel Voldal.

Karr suspiró, encaminándose a su cabina para descansar. Al abrirla, la puerta vecina también se abrió. Alura apareció en el umbral. Ambos se miraron.

—Karr, tengo miedo —musitó la joven con extraño acento.

—Yo también —corroboró Vulkan—. Miedo de que este maravilloso mundo me aprisione sin remedio y no quiera salir ya nunca más de él.

—No es esa clase de miedo la que yo siento, Karr —musió Alura, estremeciéndose, y bajando sus párpados lentamente—. Es algo en este lugar... Algo que no me gusta, que no es lo que parece…

—Tonterías —rechazó Karr, con una sonrisa—. No te gusta Eterna, eso es todo… Las mujeres siempre sois algo celosas de la belleza ajena, pero en tu caso no hay razón para ello. .

—No siento celos de Eterna. Admito que es una muchacha bellísima, excepcional. Es miedo lo que me produce.

—¿Miedo? ¿Eterna te produce miedo? Eso no tiene

sentido…

—No sé. Tal vez no —se encogió de hombros Atura con tristeza en su gesto—. Olvídalo entonces, Karr. Buenas noches.

Cerró la puerta tras de si. Karr arrugó el ceño, vaciló, y terminó por meterse en su propia cabina para descansar. Ahora se sentía muy lejos de las zarpas de Zoltek. Como si nadie pudiese alcanzarles en aquel planeta fantástico.

Se acostó pensando en los absurdos temores de Alura. Los rechazó con un gesto enfático, y se dispuso a dormir tranquilamente en el lecho flotante que le ofrecía su confortable superficie esponjosa. Momentos después de tenderse en él, Karr Vulkan se había sumido en un profundo y dulce sopor.



No supo qué era lo que le había despertado. Pero lo cierto es que despertó. Y con sobresalto.

Borrosamente, recordó haber tenido un raro e inquietante sueño que, tal vez, provocó su brusco despertar. En él, quizás influenciado por los injustificados temores de Alura, había visto una Eterna bellísima, como ella era, convertirse de repente en un demonio de fealdad, riendo malignamente y mostrando ante él unas manos afiladas, empapadas en sangre, que goteaba sobre su piel, quemándole como si fueran brasas.

Perplejo, se tocó la piel sudorosa. Realmente, sentía una quemazón rara en su epidermis. Pero la

sensación pasó con rapidez, y* se mofó de sí mismo por dejarse sugestionar hasta ese punto.

Trató de conciliar nuevamente el sueño. No pudo. Se puso en pie y paseó por la reducida y confortable estancia. Tenía sed. Aquel vino de la cena le había calmado la sed solamente en principio. Recordó que llevaba consigo tabletas hidratantes, y se tomó varias. La sed desapareció. Y los efectos del vino también. Se sintió mejor, menos somnoliento, también.

Alzó la cabeza. ¿Era imaginación suya o había escuchado un grito, un alarido breve y ronco, no lejos de allí? Y el timbre de voz le era familiar...

Se decidió a investigar. Entreabrió la puerta de su cámara. Asomó al corredor, larguísimo y silencioso, bañado en una suave luminosidad dorada. Por los ventanales del fondo, altos y estrechos, penetraba la claridad rojiza de la noche infinita de Inmortalia. Avanzó sigiloso por el suelo espejeante del pasillo. De súbito, se hizo a un lado para ocultarse con rapidez de alguien que emergía también al corredor.

Le ocultó la columna. Vio, sorprendido, al anciano y solemne Voldal, el inseparable consejero de Eterna. Pero estaba saliendo de una cámara que no era la suya, puesto que aquéllas eran todas para lós invitados, para él y sus camaradas...

—¿Qué hace Voldal a estas horas, deambulando por aquí? --se preguntó Karr, perplejo—. Juraría que ha salido de la cámara de Ingar...

El anciano se alejó, alto y majestuoso, sin apenas producir ruido con sus pisadas. Karr se despegó de la columna y avanzó hasta la cámara ocupada por su

amigo, el zoónido del planeta Arbox. Advirtió que la puerta estaba cerrada, pero no era difícil abrirla. Lo hizo. Asomó a su interior.

Un escalofrío de horror sacudió a Karr. Incrédulo, contempló lo que sus ojos y su propia mente se negaban a admitir.

Sobre el lecho, encima de un auténtico baño de sangre, yacía el buen Ingar, inerte, con sus ojillos vidriosos, el vello de su piel erizado. Un enorme boquete en su garganta había servido para desangrarle por completo. Estaba muerto.

9

Muerto... ¡Ingar muerto, desangrado!

—Dios mío... —Karr zarandeó violentamente aquel cuerpo velludo, de hombre-oso. El fornido y buen amigo no tenía en su corpachón ni un átomo de vida. Esta había huido con su sangre—. ¿Cómo ha podido suceder? ¿Qué hacía aquí Voldal?

Su mente estaba confusa, aturdida. El horror y la angustia atenazaban su ánimo. No lograba comprender aquella espantosa realidad, pero evocó, sin querer, unas palabras medrosas de Alura, pronunciadas aquella misma noche:

«Tengo miedo... Es algo en este lugar... Algo que no me gusta, que no es lo que parece...»

—Alura! —rugió, sintiendo una repentina angustia, un terror demencial, ante la fantástica y aterradora posibilidad de que aquél no fuera un caso aislado. Salió a todo correr de la cabina y se precipitó hacia la cabina vecina a la suya, la ocupada por su joven

amiga.

Abrió la puerta de ella casi violentamente. Un rugido de pavor supremo escapó de sus labios. Un rostro se volvió hacia él. Era el rostro mismo de la maldad, perverso y cruel como pocos… ¡El rostro de Eterna, convertido en máscara maligna y odiosa!

Los ojos de Eterna brillaban fosforescentes y ominosos, amarillos como los de un gato gigantesco presto a saltar sobre su presa… ¡y de sus labios carnosos escapaban dos hilos de sangre humana, fresca y roja!

Ante ella, tendida sobre el lecho, inerme, estaba Alura, inconsciente al parecer, y las uñas afiladas de la hermosa criatura inmortal se clavaban en sus venas, para desgarrar la piel y extraer de ella el torrente vital de la sangre, que su boca succionaba con deleite y avidez.

¡Eterna era un *vampiro*!,

-—¡Vampiros! —rugió Karr—. ¡Eso es lo que sois! ¡Vampiros, bebedores de sangre! ¡Es así como obtenéis esa vida eterna que no es tal, sino estar muertos en vida! ¡No sois seres vivientes, sino cadáveres que se nutren de sangre humana para prolongar su vida más allá de la tumba! ¡Nos habéis traído para eso, para desangrarnos y convertimos en vuestro alimento, que os dé nueva vitalidad y os aleje de las cenizas!

—No, Karr… —jadeó ella, mostrando sus dientes ensangrentados—. Tú no, amor… A ti te reservo para mí. Serás mi amo y señor, mi rey… Te amo, Karr… Eres el elegido para liberarme de aquella cripta donde mis enemigos me encerraron para que nunca más

volviera a ser yo misma...

—Calla, calla, odiosa criatura del infierno... —se horrorizó Karr, mirándola con repugnancia infinita—. Ahora lo entiendo todo... Os encerraron allí para que no pudierais significar un peligro para nadie... ¡Sois muertos y tenéis que estar en una tumba, no deambulando por la vida para destruir otras vidas que os proporcionen una existencia eterna y sin alma! Y yo, estúpido de mí, rompí el encantamiento y os saqué de vuestro sepulcro espacial... ¡Aparta de ahí, suelta a esa mujer, maldita arpía!

La dulce adolescente que era Eterna, mostraba ahora una crueldad malvada en su bello rostro, convulsionado y lívido. Era la faz de la muerte, no de la belleza, lo que Karr veía ante sí. Sus uñas afiladas eran como garfios dirigidos al cuello indefenso de Alura.

—No, Karr... —susurró Eterna. Debo tomar sangre esta noche... o envejeceré y moriré... La necesito a ella... Luego, gozarás de mi belleza y juventud, serás dichoso en mis brazos amantes...

Karr no dudó. Ella iba a succionar de nuevo la sangre de las arterias de Alura. La descargó un brutal bofetón, y

Eterna salió disparada contra el muro. A sus espaldas, sonó un rugido colérico. Se volvió, agazapado y en guardia.

Voldal y otro de los vasallos silenciosos de Eterna aparecían en la entrada de la cámara. Sus ojos eran fosforescencias ominosas y crueles, fijas en él. Iban a atacarle. Eterna gritó, pese a estar medio aturdida por

el golpe:

—¡No, a él no! ¡No le toquéis! ¡Es mío, mío! Yo le someteré, le volveré a sugestionar para que vea lo que deseo que vea…!

—De modo que es eso. Este mundo bello e idílico.,. ¡No existe! —bramó Karr—. Nos habéis sugestionado. Una forma de hipnosis para que viésemos una ciudad resplandeciente, un gran palacio… ¡Nada de eso existe, realmente, aquí! ¡Este es un mundo de muerte, de cadáveres que andan, de podredumbre y necrosis!

Porque al fin podía verlo. A espaldas de Voldal y el otro vampiro, el corredor luminoso ya no era tal, sino un sombrío, tétrico pasillo polvoriento, con cortinas ajadas, desgarradas y mugrientas, con muros negruzcos y sucios… No había otra luz que la rojiza y fantasmal de la noche infinita y siniestra del planeta donde sólo había muertos vivientes, no-muertos, vampiros sin alma, buscando la sangre para seguir su vida sin fin… más allá de la propia tumba.

—Te has escapado a mi influjo… —susurró ella, maligna—. No importa. Volveré a sugestionarte, te haré olvidar…

—¡No lo lograrás! —rugió Karr.

Y al ver que la hermosa y malvada criatura se erguía ele nuevo, manteniendo en él fijos sus hipnóticos ojos amarillos, recordó viejas y arcaicas historias de superstición y miedo en otros mundos, E hizo lo que siempre se había hecho, desde que los mundos eran mundos, con los seres llamados no-muertos.

Arrancó del lecho de Alura un soporte y lo quebró

en dos con sus fuertes manos musculosas. Luego cruzó ambos fragmentos entre sí, proyectándolos hacia Eterna, Voldal y el otro vampiro.

Era una Cruz.

Una Cruz simbólica, que representaba el Bien y la Fe. La agitó ante los tres monstruos vivientes, surgidos de las sombras de la Muerte. Un triple alarido escapó de sus gargantas.

—¡No, Karr, no! —clamó ella—. ¡Eso, no! ¡Aparta eso de mí, por lo que más quieras!

Karr se mantuvo firme, con la improvisada cruz en sus manos, dejando caer su sombra en los rostros de sus adversarios. Eterna se desplomó al suelo, espumeante de rabia su bella boca, revolcándose ante aquella amenaza que para ella era la cruz... y comenzó a tornarse gris su rostro, a descomponerse su hermosura prodigiosa...

Voldal era ya una simple momia rugosa y grisácea, pulverizándose contra el muro, sin remedio. Su compañero se disolvía en pavesas negruzcas, la cara convertida primero en una calavera descarnada, que luego se deshizo en simple polvo...

En el suelo, Eterna era ya solamente una horrible anciana de miles de años de vejez, temblando convulsa, agitándose en espasmos cada vez más débiles, ya sólo con un hilo de voz escapando de unos labios que eran pura ceniza aventándose a todos lados...

Cuando se desplomó de bruces, ni rostro ni cuerpo existían. Un ser de varios miles de años se había disuelto paulatinamente, hecha pavesas y polvo, hasta

no ser nada…

Karr respiró hondo, se precipitó hacia Alura, que gemía en el lecho, empezando a sanar sus profundos arañazos en el cuello. El la tomó en sus brazos sin soltar la cruz improvisada, saltó sobre los restos de los vampiros, y salió al corredor, gritando a pleno pulmón:

—¡Pronto, todos vosotros, salid! ¡Es una orden de vuestro comandante! ¡Salgamos de este planeta antes de que sea demasiado tarde! ¡Pronto, todos arriba! ¡Karr Vulkan os lo ordena!

Todas las puertas se abrieron. Tambaleantes, adormilados, los esclavos liberados, con Skrog al frente, que no había sufrido daño por fortuna a manos de los vampiros, salieron presurosos, mirando a su jefe sin entender.

—Dios, ¿qué es esto? —jadeó Skrog, aturdido, al mirar en torno. Todo es oscuro, sombrío, ruinoso… ¿Qué ha sucedido con el palacio en que nos alojamos?

—Te lo contaré más tarde, Skrog. Ahora no hay tiempo. Volvamos a la nave, y en seguida. Hay que abandonar este planeta. Es un inmenso cementerio, poblado solamente por vampiros… Eterna y Voldal han muerto. Tenían miles de años, y se nutrían de sangre humana… Ingar pagó con su propia vida… Vamos ya. Sospecho que todos sus súbditos son como ellos… ¡Corred a la astronave, de prisa!

Se lanzaron a la carrera hacia la salida. Karr tenía mucha razón. Sólo páramos desolados eran visibles ahora en el exterior, a la roja claridad de la noche de Inmortalia. Legiones de vampiros ávidos de sangre se

movían, lenta y pesadamente, por una ciudad en ruinas, polvorienta y oscura, deambulando como espectros lívidos...

Capitaneando a los suyos en aquella veloz huida, Karr les llevó hasta el claro donde se posara la nave. Nada de hierba había ahora. Sólo polvo, cenizas, tumbas... Aquél era un mundo de muerte, un planeta de horror, un inmenso cementerio...

Penetraron en la nave y pusieron en marcha los sistemas de reacción. Momentos más tarde despegaban de aquel convulso y horrible cuerpo celeste, dejando atrás legiones de vampiros que iban en busca de ellos, movidos acaso por la misma fuerza maléfica común que les mantenía aparentemente vivos, pero sin alma ni existencia real.

Al despegar del planeta de la falsa inmortalidad, Skrog hizo un descubrimiento, señalando a la distancia con excitación.

—¡Mirad! — dijo—. ¡Varias naves se están posando ahora en este planeta! ¡ Son la flotilla de Zoltek, con la nave capitana al frente!

—Zoltek… —Karr contempló en la pantalla la imagen del aterrizaje de las naves piratas en aquel planeta tenebroso, y soltó una carcajada—. Cielos, qué ironías tiene el destino... Habían ido a posarse en medio mismo de toda esa masa de no- muertos, ávidos de sangre... Zoltek no es hombre de fe. No cree en el Bien. No pensará siquiera que una simple cruz es la mejor arma... ¡Van a ser todos ellos víctimas de esos vampiros sin remedio!

—De modo que, a partir de ahora, adiós a Zoltek,

el Amarillo —murmuró Skrog»

—Sí, eso es lo que pienso. Ved cómo avanzan los vampiros hacia ellos, cómo les rodean y atacan… Las espadas y las armas nada pueden contra los que ya están muertos.,.. Cuando Zoltek sepa eso, será ya demasiado tarde…

La imagen se distanció, borrándose a medida, que se alejaban vertiginosamente a través del negro vacío estelar, dejando atrás aquel mundo de pesadilla y horror.

Alura, despertando de su sopor, miraba confusamente en derredor.

—¿Qué hit sucedido, Karr? —quiso saber, sin poder dominar un escalofrío—. Creo haber soñado con Eterna… Y no era ya dulce y hermosa, sino cruel y perversa… con la fealdad del demonio en su rostro…

—No fue un sueño, Alura —susurró Karr—. Tú tenías razón. Las cosas no eran, como parecían allí… y a punto estuvimos de pagarlo con algo más que con la propia vida… Alura, la mujer llamada Eterna ya no existe, por suerte para todos. Nunca debí sacarla de su cripta espacial. Los que la encerraron allí, sabían lo que hacían…

Alura le miró sin responder. Karr tampoco aclaró más. Ya habría tiempo, durante el largo viaje de regreso, de contar a la bella muchacha la cruel realidad de aquel planeta situado más allá de la misma muerte.

Pero el regreso de Karr Vulkan a su mundo, tuvo una nota que cambió radicalmente sus planes. Ocurrió ello a pocas jomadas de arribar a su planeta de origen,

ya sin perseguidores ni peligros en torno a la astronave.

Dictó a Skrog un mensaje, dirigido a Zara, su prometida, anunciándole su llegada. La respuesta al mismo, no se hizo esperar. Pero no fue lo que él había esperado,

> «Lamento tan tardío regreso, Karr. No es necesario que vuelvas ya. Hace varios meses me casé con otro hombre. Lo siento. Te creí muerto. *Zara.*»

Esa fue la respuesta recibida a bordo. De momento., Karr se sintió decepcionado, y profundamente dolido. Luego, cuando Alura leyó el mensaje y sonrió ampliamente, su extrañeza le hizo preguntar:

—¿De qué sonríes? Eso destruye totalmente mis proyectos para el futuro,

—Mo creo que debas lamentado demasiado —suspiró la bella muchacha—. Esa mujer, Zara, no te merecía. Yo, en su lugar, te hubiera esperado toda una vida.

—¿Tú? —pestañeó Karr, cada vez más sorprendido.

—Claro, ¿Mo comprendes que ella no debía estar tan enamorada de ti como yo lo estoy, maldito tonto?

Y se alejó airadamente, sin añadir más. Karr se quedó de una pieza. Miro estupefacto a Skrog, El hombre-lagarto que le guiñó uno de sus saltones ojos.

—¿Has oído eso, Skrog? —balbuceó Vulkan,

—Diablo, no soy sordo. Ni tonto. Yo sabía ya eso.

—¿Que tú sabías…?

—Por favor, Karr. Esa chica te tiene como a su héroe, su ídolo, su romántico amor. Está loca por ti desde el principio. Pero se resignaba porque sabía que tenías novia. ¿A qué diablos esperas para ir en su busca? No puedes dejar escapar una chica así.

—Creo... creo que tienes razón, amigo mío —suspiró Karr.

Y echó a correr, abandonando el puente de mando, para ir en busca de Alura. Skrog, moviendo la cabeza de un lado a otro, se limitó a comentar, mientras cuidaba de los controles de la astronave:

—Menos mal que, al fin, se ha dado cuenta de lo que tenía que hacer...

F I N